

Noches de San Juan

Ricardo López Aranda

PERSONAJES

(Por orden de aparición)

ARTURO.

MANOLO.

MIGUEL.

SEBIO.

LUCAS.

TERE.

TIAN.

MATILDE.

CARLOS.

CLAUDIO.

AMELIA.

DARÍO.

PEDRO.

ANDREA.

ROBERTO.

ALFREDO.

ALBERTO.

JOSEFA.
ANSELMO.
ELVIRA.
ANA.
NORI.
FITOS.
LOLO.
JUANITO.
MARCELO.
CARLITOS.
DANIEL.
MATEO.
MAURICIO.
AGUSTÍN.
ERNESTO.
ERNESTINA.
NARCI.

Sección de una casa situada a las afueras de una gran ciudad. Se trata de una planta baja que ocupa las tres cuartas partes del escenario a la derecha. La casa se supone que es de varios pisos, dos o tres, más, que no se ven. Es de construcción antigua. La entrada del portal, se supone situada en la derecha de la fachada de detrás.

La ciudad se supone hacia la derecha, pero tan lejos que sólo en la noche se puede conocer con precisión su enclavamiento y esto a causa del vaho de luz que se alza sobre ella hacia las nubes. Hay mucho de provinciano en los muebles, utensilios y pequeños detalles de la decoración de la casa, así como en los gestos, matices de voz y vestimenta de todos los personajes excepción hecha de ROBERTO. Incluso en CLAUDIO, a pesar de haber viajado mucho, queda aún algo del pelo de la dehesa. Sin embargo, a pesar de lo dicho se nota en todos los personajes más jóvenes un acercamiento a la ciudad en gestos y ropas, en esa forma de fumar, de vestirse, de consultar el reloj o de apoyarse en un muro.

A la izquierda, más allá de la explanada que se abre frente a la casa se supone que comienzan los desmontes; a lo lejos cables del tendido eléctrico; aquí y allá, material de derribo, bidones etc.

La sección de la casa que se ve está dividida en tres partes distribuidas de la siguiente manera:

A la derecha la alcoba de MATILDE y PEDRO.

En el centro la sala, en cuyo centro se abre un pasillo al fondo del cual está la puerta que da a la breve escalera que comunica con el portal. En la sala hay dos puertas: una, en el panel de la derecha, que da a la alcoba; y otra, en el panel de la izquierda, que comunica con la cocina.

En el pasillo hay cuatro puertas: dos en el panel de la izquierda, la primera de las cuales corresponde al retrete y la segunda a la habitación de CARLOS y MIGUEL; en cuanto a las del panel de la derecha, la primera corresponde a la habitación de CLARA y TERE, y la segunda a la de AMELIA.

La cocina tiene el ángulo del fogón a la izquierda y, sobre él, una ventana; también a la izquierda y en primer término hay una salida -que puede jugarse con puerta o bien con una cortina- a una especie de pequeño patio cercado por una valla hecha de madera de embalaje sin pintar y de unos treinta centímetros de altura; al fondo de este patio hay una tejavana que se utiliza como cuarto de trastos y de cuyo techo cuelgan dos bicicletas; en un recodo está el gallinero; en el centro del patio hay un árbol, un castaño, del que sólo se ve el tronco y el comienzo del ramaje.

El primer término a todo lo ancho del escenario se utiliza como una mezcla de lugar de paso para todos y el jardín sin cultivar es propiedad de la casa; en todo caso, si ha existido algún día ese jardín, tan sólo el árbol, la valla rota y dos o tres piedras lo hacen sospechar; debe tener una gran amplitud; el suelo tiene un color oscuro y es de tierra arcillosa; el clásico suelo de tierra endurecida pero que incluso una lluvia de verano enfanga por lo que se supone que es la salida de la casa, se utiliza tan sólo en verano.

Las pinturas de las paredes -nombres y monigotes- las manchas de alquitrán, una carioca colgada del cable del tendido eléctrico nos hablan de un mundo de niños aún más pequeños que los que salen a escena, a los que no se ve nunca por lo avanzado de la hora en que suceden los dos actos de la obra, pero que existen.

Ciertos detalles del interior de la casa -esos retratos ovalados dos a dos, de los que cuelga una vieja orla- nos hablan de unos antepasados muertos quizá hace ya mucho tiempo pero cuya presencia gravita sobre la casa.

En cuanto al mobiliario, se nota que se ha ido adquiriendo a través de muy diversas épocas: así es la cama de hierro con muchos adornos y cuatro borlas doradas en las esquinas, mientras que la cocina es de butano. La sensación de calor puede acentuarse poniendo algún viejo ventilador runfón y quejica: Cada vez que -por viejo o por desperfectos en la instalación- se para, el calor se notará más. Por otra parte, si cuando este ventilador se para, para volver a hacerle funcionar basta con dar una palmada a la pared o una patada en el suelo, se habrá obtenido un nuevo efecto cómico; este detalle no es ninguna exageración. De la lámpara del comedor puede colgar una cinta caza-moscas y MATILDE en su breve escena muda luchando con los mosquitos puede utilizar un *fliz* o un matamoscas de alambre. Utilización de abanico de cartón con muchos colorines. Etc... Izquierda y derecha, siempre las del espectador.

Acto I

Antes de levantarse el telón se oyen las voces lejanas del coro.

CORO.- (Cantando.)

«Al coger, el trébole
el trébole, el trébole;
al coger el trébole
la Noche de San Juan...»

(En escena ARTURO, MANOLO, MIGUEL y SEBIO que juegan a cabezas en primer término derecha con un balón de reglamento: MIGUEL lleva una camiseta de futbolista a rayas blancas y rojas; ARTURO, que hace de portero, lleva un jersey de cuello alto, guantes y rodilleras; MANOLO tiene el torso desnudo; todos los demás ropas convencionales; LUCAS está subido al árbol, debe estar en las quimas más altas porque no se le ve; al pie del árbol está TERE mirando hacia lo alto.)

TERE.- (A LUCAS.) Se han ido ya, ¿verdad?

SEBIO.- (A ARTURO.) ¡Tira...!

(ARTURO ve a LUCAS descendiendo por el tronco del árbol.)

(ARTURO le lanza el balón. SEBIO remata de cabeza. ARTURO alcanza el balón en el aire.)

TERE.- Entonces baja el nido.

MIGUEL.- Y yo, ¿qué?

(Se ve a LUCAS descendiendo por el tronco del árbol.)

(ARTURO lanza el balón a MIGUEL.)

MIGUEL.- ¡Allá va...!

(MIGUEL remata de cabeza. ARTURO hace una estirada pero no puede impedir el gol a MIGUEL.)

ARTURO.- (En el suelo.) ¡Maldita sea...!

MANOLO.- (Abrazando a MIGUEL.) ¡Bravo, Miguel...!

SEBIO.- (Saltando sobre ambos.) No hay quien remate de cabeza como este fenómeno.

(LUCAS salta del árbol y entrega a TERE el nido.)

TERE.- Estos pajaritos son unos cochinos; todos los años lo dejan perdido.

ARTURO.- (Señalando hacia fuera.) A buenas horas viene éste.

(TIAN entra por la derecha montado en bicicleta.)

MANOLO.- Hace una hora que se acabó el entrenamiento.

TIAN.- No he podido venir antes.

TERE.- (Entregando a LUCAS el nido.) Ya puedes subirlo otra vez.

(TIAN cruza con la bicicleta hacia el primer término izquierda.)

TIAN.- He tenido una chapuza.

(LUCAS sube al árbol. TERE entra en la sala y coge diversos objetos de debajo de la cómoda y los va poniendo en la falda. MIGUEL hace un gesto cómplice a ARTURO y MANOLO señala a TIAN.)

MANOLO.- Y, ¿cómo se llama la chapuza?

SEBIO.- ¿Mercedes?

ARTURO.- ¿Amelia?

(Ríen todos.)

(Alguien apaga la luz del retrete; la puerta se abre totalmente y entra MATILDE en la sala; encuentra la luz; ve a TERE.)

MATILDE.- ¿Qué llevas ahí?

(TERE le muestra lo que tiene en la falda.)

TERE.- Es para la hoguera.

MATILDE.- Eso, y luego que huela la casa a goma quemada el resto del año.

TERE.- Pues, ¿qué vamos a quemar entonces? Es la noche de San Juan.

MATILDE.- **(Malhumorada.)** A ti te voy a dar yo; vamos, quita toda esa porquería de ahí.

(TERE saca el resto de debajo de la cómoda. MATILDE cruza hacia la alcoba.)

(Los muchachos continúan jugando a cabezas; TIAN ha dejado la bicicleta apoyada en primer término izquierda; saca tabaco.)

TIAN.- ¿Quién tiene fuego?

(MATILDE enciende la luz de la alcoba y abre la ventana.)

(SEBIO tira a TIAN una caja de cerillas.)

TERE.- **(A LUCAS.)** ¡Corre! ¡Baja! ¡Vamos a encender nuestra hoguera!

(TERE sale al patio.)

(A las palabras «corre, baja», MATILDE sale de la alcoba deprisa, mientras atraviesa la sala ve abrirse la puerta del fondo del pasillo por la que entra CARLOS.)

CARLOS.- **(Hacia afuera.)** Vamos hombre, pasa, que nadie va a comerte.

(MATILDE ha llegado al patio y mira hacia el árbol por el que ve descender a LUCAS.)

MATILDE.- ¡Cuántas veces os tengo dicho que no quiero que os subáis al árbol...!

(TIAN arroja a SEBIO la caja de cerillas que éste recoge en el aire.)

(Entra CLAUDIO detrás de CARLOS; éste atraviesa el pasillo.)

(LUCAS salta del árbol.)

MATILDE.- ¡Qué críos éstos...! (Entra en la cocina.)

(CARLOS ha entrado en la sala; CLAUDIO espera en el pasillo: lleva una gabardina colgada del brazo y un maletín de viaje.)

(Los muchachos continúan jugando.)

(TERE y LUCAS han sacado del cobertizo un pequeño carrito que traen a primer término izquierda y sobre el que durante el diálogo que sigue irán amontonando las cosas para encender la hoguera.)

(MATILDE coge un plato y va al cobertizo: se oye un ruido de gallinas.)

CARLOS.- (Asomándose a la cocina.) ¿Madre...?

MATILDE.- ¿Qué pasa?

CARLOS.- (Sale al patio.) Ven mira...

MATILDE.- Tengo más cosas que hacer que mirarte, hijo.

(El balón cae en el árbol y queda prendido en las quimas que MIGUEL sacude inútilmente. Sube.)

CARLOS.- ¿A que no sabes quién está aquí conmigo?

MATILDE.- No, no lo sé. **(Se vuelve y ve a MIGUEL que trepa por el árbol.)** ¡Que no os subáis ahí...!

(CLAUDIO ha entrado en la sala; deja la gabardina y el maletín sobre una mesa; viste traje oscuro y corbata, lo que contrasta vivamente con la ropa veraniega de todos los demás.)

(El balón cae sobre la escena; los muchachos continúan, lo recogen.)

MATILDE.- ¡Qué bajas de una vez te he dicho; hay una quima rota!

(MIGUEL aparece, descendiendo.)

MATILDE.- ¡Ay, Dios mío! Cuando menos lo esperemos va a ocurrir una desgracia.

(Salen LUCAS y TERE por la izquierda.)

(MIGUEL a CLAUDIO a través de la puerta abierta de la cocina.)

MIGUEL.- Pero... ¡Pero si es el tío Claudio! **(Entra corriendo en la sala.)** ¿Cómo estás, tío?

CLAUDIO.- Bien. **(Se abrazan.)** Cómo has crecido, muchacho.

(CLAUDIO avanza hacia MATILDE que le mira desde el patio sin saber qué decir, limpiándose las manos con la punta del delantal.)

CLAUDIO.- ¿Es que vas a quedarte ahí plantada mirándome toda la noche sin decir palabra?

(Los muchachos han dejado de jugar y miran la escena. Las canciones recomienzan fuera.)

CORO.- (Cantando.)

«Qué quieres que te traiga
si voy a Madrid. **(Bis.)**
No quiero que me traigas, **(Bis.)**
que me lleves sí **(Bis.)...»**

(MATILDE mira a CLAUDIO entre sorprendida y molesta.)

MATILDE.- Pero...

(CLAUDIO ha salido ya al patio; abraza a MATILDE.)

MATILDE.- ¿Cómo tú por aquí?

(CLAUDIO la coge de las manos y le dice efusivo, falsamente seguro de sí, sonriente.)

CLAUDIO.- Viaje de negocios.

MATILDE.- (Preocupada.) ¿Qué clase de negocios?

CLAUDIO.- ¡Ah...! **(Hace un gesto.)** Es un sorpresa.

(El balón cae a sus pies, lo coge y chuta; el balón sale fuera de escena; TIAN, SEBIO y ARTURO salen detrás de él, corriendo.)

CARLOS.- Si tienes algo para mí, avísame; estoy deseando salir de este agujero.

(CARLOS sale por el pasillo y entra en su habitación.)

MATILDE.- Voy a prepararte la cena. **(Iniciando la salida a la cocina.)** Estarás cansado del viaje.

CLAUDIO.- No, he venido en coche con unos amigos.

(CLAUDIO ha cogido a MIGUEL por los hombros.)

CLAUDIO.- Cuando me fui no levantabas esto del suelo.

MATILDE.- ¿Has cenado ya?

CLAUDIO.- Sí. Bueno, no.

MATILDE.- Tú, Miguel, dormirás...

MIGUEL.- (Asintiendo.) En el diván.

(MATILDE entra en la sala, abre la cómoda y saca unas sábanas.)

CLAUDIO.- ¿Te importa?

MIGUEL.- ¡Qué va...!

MATILDE.- En cuanto llegue Pedro cenaremos.

CLAUDIO.- ¿Puedo lavarme un poco?

MIGUEL.- Ven.

(CLAUDIO entra en la cocina; MIGUEL saca un cubo de agua del cobertizo.)

CLAUDIO.- En estos trenes se pone uno perdido.

MATILDE.- ¿No decías que...?

(Mirada entre CLAUDIO y MATILDE; ésta sale por el pasillo.)

MIGUEL.- Aquí, a estas horas, ya han quitado el agua.

(CLAUDIO sale al patio; MIGUEL echa agua en una palangana que ha colocado sobre un cajón. CLAUDIO se quita la chaqueta y la camisa. Entran por la derecha TERE y LUCAS con ramas secas. LUCAS las pone sobre el carrito de la hoguera. TERE se queda mirando a CLAUDIO que se está lavando.)

(Se oye dentro una canción melódica cantada por voz de hombre con acompañamiento de orquesta.)

(El balón cruza la escena botando de izquierda a derecha.)

(Entran por la derecha TIAN y SEBIO; MIGUEL ha cogido el balón.)

ARTURO.- (Voz de; fuera.) ¡Eh, Miguel...!

MANOLO.- (Voz de; fuera.) ¡Tíralo aquí...!

(MIGUEL tira el balón hacia la derecha; TIAN y SEBIO saltan intentando cogerle en el aire inútilmente; salen corriendo.)

CLAUDIO.- ¿Y tú?, ¿quién eres tú?

(CLAUDIO se acerca, secándose, a TERE.)

MIGUEL.- (A TERE.) Vamos, saluda a tío Claudio.

(TERE entra corriendo en la casa.)

CLAUDIO.- No me conoce, claro.

(CLAUDIO se seca minuciosamente.)

MIGUEL.- Sí que te conoce: en esta casa no se habla de otra cosa que de ti.

(TERE sale al patio y se sienta en el columpio.)

CLAUDIO.- (Ríe.) Entonces no me extraña que corra. Tú eras un palmo más alto que ella cuando me fui, ¿cómo me has reconocido?

MIGUEL.- Estás igual que entonces.

(MATILDE entra en la sala y saca una funda de almohada del cajón de la cómoda.)

MATILDE.- ¿Tere?

TERE.- (Columpiándose.) ¿Qué?

MATILDE.- Vete corriendo a casa de Ágata y dile a Amelia que ha venido su padre.

(Al oír el nombre de AMELIA, CLAUDIO se pone en tensión; da la toalla a MIGUEL.)

(TERE sale por la izquierda; LUCAS, detrás.)

MIGUEL.- Entre ella y unas amigas han puesto un taller de costura.

(CLAUDIO se viste rápidamente, MATILDE sale por el pasillo.)

CLAUDIO.- ¿Y le va bien?

MIGUEL.- Supongo que sí.

CLAUDIO.- Quiero decir que si está contenta.

MIGUEL.- No habla nunca de sus cosas; sigue tan rara como siempre.

(CARLOS entra en la sala trayendo un pequeño magnetófono de pilas en el que continúa oyéndose la canción melódica de antes.)

TERE- (Voz de; fuera.) ¡Amelia...!

(CLAUDIO ha quedado en primer término mirando hacia el público como absorto, los dedos en el nudo de la corbata.)

CARLOS- (Saliendo al patio.) ¿Tío Claudio...?

TERE- (Voz de; fuera.) ¡Amelia...!

AMELIA- (Voz de; fuera.) ¿Qué pasa?

TERE- (Voz de; fuera.) ¡Que ha venido tu padre...!

(CARLOS aumenta el volumen hasta la estridencia; CLAUDIO acusa un sobresalto y vuelve a la realidad.)

CLAUDIO- ¿Eh...?

CARLOS- ¿Te gusta?

CLAUDIO- Sí, ¿qué es?

MIGUEL- Un magnetofón de pilas.

(CLAUDIO coge el magnetófono, lo mira con curiosidad.)

TERE- (Voz de; fuera.) ¡Amelia...!

(CLAUDIO queda otra vez como absorto.)

CARLOS.- ¿Qué te parece?

CLAUDIO.- Muy bonito.

DARÍO.- (Voz de; fuera.) ¡Elena...!

(Este nombre sobresalta a MATILDE y CLAUDIO;
MATILDE se acerca a una fotografía que hay sobre la
cómoda, la mira, mira hacia la voz de CLAUDIO.)

CLAUDIO.- (Mecánicamente.) Muy bonito.

CARLOS.- Me refiero a la canción.

CLAUDIO.- Pues sí, también.

(El balón cruza el aire de derecha a izquierda y cae sobre
la cabeza de CLAUDIO.)

CARLOS.- ¿Y la voz?, ¿eh?, ¿qué te parece la voz?

CLAUDIO.- Yo no entiendo de eso; pero canta bien,
supongo.

MIGUEL.- (Hacia la derecha.) ¡A ver si tienes más cuidado!

(MIGUEL coge el balón.)

CARLOS.- ¿Supongo? ¡Es formidable! ¡Figúrate que soy
yo...!

(CLAUDIO le mira verdaderamente sorprendido, quizá sea ésta la primera expresión natural que ha tenido desde que ha llegado; debe notarse.)

CLAUDIO.- ¿Tú?, no me digas que te has convertido en un cantante famoso...

SEBIO.- (Voz de; fuera.) Venga, Tian.

(TIAN entra por la derecha.)

CARLOS.- Aún no, pero lo seré.

TIAN.- Danos el balón.

MIGUEL.- (A TIAN.) ¡Espera! **(A CLAUDIO.)** Ha ganado un concurso en la radio.

(Entran MANOLO y SEBIO.)

(MIGUEL tira el balón a MANOLO; TIAN y SEBIO imitan a coro la voz de CARLOS ridículamente; es una canción «ye ye», y es precisamente estos gritos lo que imitan; CARLOS hace un gesto de ir hacia ellos; TIAN y SEBIO fingen un gran susto y salen riendo.)

CLAUDIO.- Chico, me dejas asombrado.

CARLOS.- (Por el magnetófono.) Me lo ha prestado la emisora. **(Escucha.)** Ahora es cuando el... **(Se oye llorar a un niño.)** ¡Maldito crío...!; le hubiera retorcido el pescuezo. **(Se oyen risas en el magnetófono.)** Es el cable del micrófono **(Desinflándose.)** y por poco me caigo. **(Apaga el magnetófono.)** En realidad si no me dieron el premio fue por... **(Se interrumpe sonriendo.)** Bueno, cosas que ocurren...

(CARLOS entra en la casa.)

TIAN.- (Voz de; fuera.) ¡Miguel...!

ARTURO.- (Voz de; fuera.) ¡Miguel...!

MIGUEL.- (Hacia afuera.) ¡Ya voy! **(A CLAUDIO.)**
¿Vienes con nosotros? **(Hace un gesto de chutar.)** ¿Eh?

CLAUDIO.- No estoy ya para esos trotes.

MIGUEL.- (Confidencial.) Luego quiero hablarte, ¿tienes tiempo?

CLAUDIO.- Tengo todo el tiempo del mundo.

LOS CUATRO.- (A coro.) ¡Miguel...!

MIGUEL.- No pueden estar sin su capitán.

CLAUDIO.- Pues vete, ¡vete con ellos! Yo...

(MIGUEL coge el carrito de la hoguera y sale llevándole a rastras por la derecha.)

DARÍO.- (Voz de; fuera.) ¡Elena...!

(MATILDE guarda la foto en un cajón de la cómoda.)

DARÍO.- (Voz de; fuera.) Venga, ¡a saltar todos!

(Risas y gritos de alegría. A lo lejos las canciones.)

(CLAUDIO se acerca al árbol, pasa la mano por el tronco y mira hacia arriba como si buscara algo; MATILDE sale al patio.)

MATILDE.- ¿Buscas nuestros nombres?

CLAUDIO.- Sí.

MATILDE.- Yo también lo hago a veces; pero ahora es preciso subirse a una banqueta para poder leerlos.

CLAUDIO.- ¿Yo? ¡Verás...!

(Intenta subirse al árbol pero no puede.)

MATILDE.- ¡Cuidado...!

CLAUDIO.- ¡Ah, quién pudiera volver a aquellos años!

(MATILDE ha acercado un cajón sobre el que se sube CLAUDIO.)

CLAUDIO.- (Leyendo en el árbol) Claudio y... Elena.

(Se miran en silencio; se oye el coro a lo lejos.)

CORO.- (Cantando fuera.) «Al coger el trébole, el trébole...»
etc.

CLAUDIO.- (Leyendo.) Elena...

MATILDE.- Deja los recuerdos; aquello pasó.

(MATILDE mira hacia las canciones, pasa a primer término derecha y se acerca a ellas.)

CLAUDIO.- ¿A ver? **(Le hace dar una vuelta.)** Déjame que te mire; ¡pero si estás más joven!

(Le coge el rostro con las manos.)

MATILDE.- (Ríe.) Siempre será el mismo.

(Entra TERE por la izquierda.)

MATILDE.- ¿Y Amelia?

TERE.- No quiere venir.

CLAUDIO.- Le has dicho que he venido yo.

TERE.- Sí.

MATILDE.- No te preocupes, se le pasará.

(TERE da vueltas a la pata coja alrededor de ellos.)

CLAUDIO.- ¿Recuerdas?... Tú también te subías al árbol, y nuestra madre te gritaba...

CLAUDIO.- (Recordando.) «Bájate».

MATILDE.- «Te he dicho que te bajes».

CLAUDIO.- Hay una quima rota.

MATILDE.- Y un día va a haber una desgracia...

CLAUDIO.- Y era cierto. **(Cambia de voz.)** Sólo que la quima rota era yo mismo y me he caído; toda mi vida ha sido una larga caída.

MATILDE.- Tonto...

CLAUDIO.- Cuánto amábamos este árbol...

MATILDE.- De niño tú te subías a lo más alto; era el puesto de vigía...

(CLAUDIO está detrás de MATILDE, le tapa los ojos con las manos y da a la voz un matiz de lejanía.)

CLAUDIO.- ¡Tierra...! ¡Tierra...!

(MATILDE le baja las manos.)

MATILDE.- El aviso de que padre llegaba del trabajo

CLAUDIO.- Hasta aquella noche que no regresó.

(Pausa.)

CLAUDIO.- Pero, ¡estás llorando!

MATILDE.- Es... la alegría de volver a verte.

(Entran SEBIO y TIAN arrastrando la hoguera cuyas llamas son ahora mucho más altas. Dejan el carrito en el centro del escenario.)

(Entran MANOLO, ARTURO y MIGUEL; exclamaciones y saltos a ambos lados de la hoguera, CLAUDIO y MATILDE se miran sobre las llamas; CARLOS sale de la casa y salta también.)

MIGUEL.- (Saltando.) Eh, tío Claudio; ánimo.

CARLOS.- (Saltando.) Vamos, ¡que no se diga...!

TODOS.- (Menos CLAUDIO y MATILDE. Cantando.)

(MIGUEL y CARLOS agarran a CLAUDIO y le traen hacia las llamas.)

MIGUEL.- Ahora tú.

TODOS.- (Menos CLAUDIO y MATILDE, cantando.)

CLAUDIO.- No, no me atrevo.

CARLOS.- Hala, no seas pesado.

CLAUDIO.- Pero, ¿a mis años?

MIGUEL.- El año pasado padre saltó con nosotros.

(MATILDE ríe.)

CLAUDIO.- Me voy a caer en medio de las llamas.

TODOS.- ¡Cobarde...! ¡Cobarde...! ¡Cobarde...!

(CLAUDIO mira a MATILDE que ha dejado de reír; un silencio; CLAUDIO salta; todos aplauden; exclamaciones.)

(MIGUEL y CARLOS **cogen** a MATILDE.)

MIGUEL.- Tú también, madre.

(MATILDE **lucha por desasirse.**)

MATILDE.- ¡Ay, que no...!

(**Todos menos MATILDE cantan y palmean en círculo.**)

TODOS.- (Cantan.)

«Qué quieres que te traiga

que voy a Madrid...»

CARLOS.- (Animándola.) ¡A la una!

MATILDE.- ¡Que me caigo dentro!

TODOS.- ¡A las dos!

MATILDE.- ¡Que no, que no...!

TODOS.- ¡Y a las tres...!

(MATILDE **salta, aplausos. Todos cantan dando vueltas en torno a la hoguera cogidos de las manos. MATILDE y CLAUDIO en el centro de la hoguera dan vueltas en dirección inversa.**)

(CARLOS **se ha subido al árbol.**)

CARLOS.- (Voceando.) ¡Tierra...!

(Todos se inmovilizan.)

MIGUEL.- Vamos a recibir como se merece al jefe de la familia.

(Coge el carro de la hoguera y sale seguido por todos excepto CLAUDIO y MATILDE; CARLOS sigue en el árbol.)

CARLOS.- Ya están en la explanada encendiendo todas las hogueras.

MATILDE.- Bájate de ahí.

CARLOS.- ¿La oyes, tío? Nos trata como si fuéramos niños.

MATILDE.- No quiero verlo. **(Entra la casa.)** ¡No quiero verlo...!

CARLOS.- Aquí se respira mejor.

CLAUDIO.- ¿Eh?

CARLOS.- Que ahí abajo se ahoga uno.

CLAUDIO.- ¿Tienes algún problema?

CARLOS.- Los tengo todos. **(Ríe.)** Aunque no tantos como tú.

CLAUDIO.- Todo el mundo tiene problemas.

(MATILDE pasa a la alcoba.)

CARLOS.- Pero nosotros más; ¿y sabes por qué? Somos de la raza de los ambiciosos.

(**MATILDE ha llegado a la ventana; hace un gesto de saludo hacia fuera.**)

MATILDE.- ¡Pedro!

CLAUDIO.- ¿No estás conforme con lo que tienes?

PEDRO.- (**Voz de; fuera.**) Pero, ¿has visto estos condenados que...?

MATILDE.- ¡Salta!

CARLOS.- ¡Qué pregunta! ¿Qué es lo que tengo?, ¿esto? Subiré tan alto...

CLAUDIO.- ...Que estiraré los brazos y se perderán en las nubes...

CARLOS.- ¿Cómo has podido adivinar...?

CLAUDIO.- Hace años y en una noche como ésta dije subido ahí mismo algo parecido. ¡Ojalá tengas más suerte que yo...!

(**Aplausos y exclamaciones fuera. CLAUDIO entra en la alcoba.**)

PEDRO.- (**Voz de; fuera.**) ¿Ya estáis contentos? A ver, a ver quién mejora ese salto.

MATILDE.- ¿Qué tal tu nueva mujer?

CLAUDIO.- ¿Nueva? (**Ríe.**) Hace ya diez años que estoy casado con ella.

MATILDE.- Como yo no la conozco...

CLAUDIO.- Bien; todo va sobre ruedas.

MATILDE.- No es eso lo que nos dijo Amelia cuando fue a verte las Navidades pasadas; al volver contaba y no paraba: «Que si esto, que si lo otro...» Por lo visto es mujer de armas tomar.

CLAUDIO.- Tiene sus cosas.

MATILDE.- Para cuatro días que iba a veros podía haber estado más amable con la muchacha; después de todo es tu hija.

CLAUDIO.- La culpa fue de Amelia.

MATILDE.- Al fin y al cabo esa mujer está ocupando el lugar de su madre; es lógico que se resista a aceptarla, no es ella la que debe hacer el esfuerzo, compréndelo.

CLAUDIO.- Pareces olvidar que ya Amelia dejó de ser una niña.

MATILDE.- Demasiado para seguir estando sola, y tú, ¿qué?

CLAUDIO.- Me han pedido que vuelva a mi antiguo empleo; por eso he venido.

MATILDE.- ¿A tu edad volver a ir de acá para allá en busca de comisiones?

(Han salido ambos a la sala.)

CLAUDIO.- No se trata de eso.

MATILDE.- ¿De qué entonces?

(MATILDE entra en la cocina.)

CLAUDIO.- Quiere abrir allí una sucursal, yo sería el jefe. No es que sea un gran sueldo, pero...

MATILDE.- Según dijo Amelia la taberna de tu mujer es un negocio excelente.

CLAUDIO.- Estar todo el día detrás de un mostrador no se ha hecho para mí.

MATILDE.- ¿Y te das cuenta a los diez años?

(MATILDE **entra en la sala.**)

CLAUDIO.- Aún sigue parado en las dos y cuarto; temí que lo hubieras arreglado. (**Baja.**) Todo está como siempre. En cada rincón un recuerdo. (**Señalando.**) Aquí nos sentábamos para hacer los deberes...

(**Durante este diálogo MATILDE va preparando la cena y pone la mesa.**)

MATILDE.- ¿Cómo es aquello?

CLAUDIO.- Una ciudad como tantas otras, con miles de sitios a donde ir, a sentirse solo en medio de la gente.

MATILDE.- (**Señalando por la ventana.**) Mira: hace apenas tres meses que empezaron, y ya ves; lo van inundando todo como una marea.

CLAUDIO.- Llegan como la langosta huyendo de los campos secos y se abaten en los alrededores de las grandes promesas de trabajo.

MATILDE.- Sí, sí; pero a saber a qué vendrán. Aquí todos nos conocemos ya.

CLAUDIO.- Escucha: se han conservado las tradiciones; los juegos, los cantos, las hogueras de la noche de San Juan; los más viejos cierran los ojos y creen estar allí, en el lejano hogar junto a la lumbre, bajo la sombra de los nogales. (**Mira el árbol.**) Por eso lo plantó nuestro padre, llegará un día en que ese árbol desaparezca.

(MATILDE afirma con la cabeza y pasa a la alcoba; abre la ventana y mira hacia fuera.)

(CLAUDIO se levanta, mira nervioso a su alrededor, quisiera huir; inicia la salida.)

CARLOS.- ¡Tierra! ¡Tierra...!

(CLAUDIO y MATILDE se miran.)

CLAUDIO.- ¿Es que llega Pedro ya?

DARÍO.- (Voz de; fuera.) ¡Pedro...!

PEDRO.- (Voz de; fuera.) ¿Que hay , Darío? Hola, Andrea ¿tomando la fresca?

CLAUDIO.- Voy a dar una vuelta por la explanada mientras tú le dices que he venido.

(MATILDE entra en la alcoba.)

ANDREA.- (Voz de; fuera.) Me entran sudores de sólo verte con esa chaqueta y corbata, Pedro.

MATILDE.- ¿Claudio?

(CLAUDIO abre la puerta del fondo del pasillo.)

(MATILDE se lleva las manos a la cara.)

DARÍO.- (Voz de; fuera.) ¿Vais a ir luego a saltar las hogueras?

MATILDE.- ¡Claudio...!

PEDRO.- (Voz de; fuera.) Ésas son cosas de mozos; nosotros ya no estamos en edad.

CLAUDIO.- ¿Qué te ocurre?

(MATILDE se acerca a la ventana.)

VOZ DE FUERA.- ¡Ay, el viejecito...!

(CLAUDIO se acerca a MATILDE.)

MATILDE.- ¡Ayúdame, Claudio!

DARÍO.- (Voz de; fuera.) Si queréis se lo dices a Matilde que venga con nosotros.

CLAUDIO.- ¿Algún problema con Pedro?

PEDRO.- (Voz de; fuera.) ¿Es que queréis birlarme la mujer?

(MATILDE se vuelve bruscamente y se abraza a CLAUDIO.)

VOZ DE FUERA.- Éste ya no está para esos trotes; te lo digo yo.

(Voces de protestas de DARÍO y risas.)

CLAUDIO.- Siempre tan seguro de sí, esa forma de andar; parece como si el mundo fuera una piedra que llevara rodando delante de sí.

DARÍO.- (Voz de; fuera.) Pasa, hombre, pasa; saca el pote, Andrea.

PEDRO.- (Voz de; fuera.) Llévame la chaqueta a casa, Tere, y esto también.

MATILDE.- Quiero que hables con él.

CLAUDIO.- Cómo le he envidiado siempre.

MATILDE.- Es demasiado duro con los chicos.

CLAUDIO.- Es el hombre que a mí me hubiera gustado ser.

MATILDE.- No acaba de darse cuenta de que ya son hombres y la casa está llena de gritos por eso a todas horas.

CLAUDIO.- Pues, ¿qué hacen ellos?

MATILDE.- Miguel se pasa los días y las noches soñando con el fútbol.

(Entra TERE por la derecha, entra en la sala, deja la chaqueta y una cartera de mano y sale nuevamente por la derecha.)

CLAUDIO.- Pero, ¿piensas seriamente en...?

MATILDE.- ¡Oh...! Y Carlos ya lo has visto, de un tiempo a esta parte sólo piensa en dar gritos por un micrófono; dice que da mucho dinero, que a la gente le gusta, ¿tú puedes creerlo?

CLAUDIO.- Y además qué canciones; donde están las de nuestros tiempos, ¿no le has oído?, mucho grito, pero qué letras, que no dicen nada o no dicen más que tonterías.

CLAUDIO.- ¿Y quiere dedicarse a eso seriamente?

MATILDE.- A esa edad todos los proyectos y los sueños son serios y siempre van a ser verdad, ¿no lo recuerdas?

ANDREA.- (Voz de; fuera.) ¡Amelia...!

(Gestos de CLAUDIO; se miran un instante en silencio.)

CLAUDIO.- ¿Cómo crees que me recibirá Amelia?

MATILDE.- Ya verás como todo se soluciona.

(Entra por la izquierda AMELIA.)

CLAUDIO.- ¿Eres feliz?

CARLOS.- (Desde el árbol.) Hola, Amelia.

(AMELIA se sobresalta, mira hacia el árbol e inicia la entrada en la cocina.)

CARLOS.- Tu padre está dentro.

(AMELIA se inmoviliza.)

(MATILDE y CLAUDIO se miran en silencio.)

(AMELIA se inmoviliza.)

MATILDE.- Sí; supongo que sí. Es curioso: no recuerdo que nadie me haya hecho jamás esa pregunta, ¿y tú?

(AMELIA entra en la cocina y escucha sin ser vista.)

CLAUDIO.- (Falsamente optimista a voces.) Desde luego: todos mis sueños se han realizado, ¿quieres verlos?, los tengo encerrados en esta maleta.

(Abre aparatosamente la maleta; está vacía.)

MATILDE.- (Riendo.) Sigues siendo el mismo. **(Seria.)** ¿Qué te ha ocurrido, Claudio? Debe haber un motivo muy importante para que te hayas decidido a volver.

CLAUDIO.- Pero si sólo se trata de un viaje de negocios...

MATILDE.- Dime la verdad; ¿Qué ha ocurrido allí?, ¿te ha... echado de casa? ¿Es eso?

CLAUDIO.- Han pasado diez años desde la última vez que estuve aquí, y vienes y me dices: «Eres el mismo», y lo terrible es que es cierto; el mismo proyecto de hombre que soñé de niño y que no he realizado.

MATILDE.- Lucha ¡Lucha!, piensa en Amelia.

CLAUDIO.- No, si pienso en ella.

(AMELIA va retrocediendo de espaldas y sale al patio.)

CARLOS.- ¿Le has visto ya?

AMELIA.- No

CARLOS.- Alegra esa cara mujer.

(AMELIA se sienta en el columpio, se balancea.)

CLAUDIO.- ¿Cómo crees que lo tomará Pedro? Nunca fui santo de su devoción.

MATILDE.- A ése déjale de mi cuenta; no te preocupes.

(CLAUDIO inicia la salida hacia el patio; AMELIA le oye, se levanta y se acerca a la hoguera; quiere huir pero no se atreve.)

MATILDE.- ¿Claudio?

CLAUDIO.- ¿Qué?

MATILDE.- Te agradezco mucho que hayas venido, te necesito; necesitaba a alguien. Pedro va y viene, y los chicos ya no paran un minuto en casa.

CLAUDIO.- ¿Y Clara?

MATILDE.- Ya sabes; siempre fue muy retraída pasa sus cosas. Sé que me quiere; pero apenas hablamos, mira que pañuelo me ha regalado el día de mi... **(Busca en un cajón.)** En realidad lo ha comprado haciendo juego con un conjunto suyo. Son egoístas; pero no se dan cuenta; nosotros lo seríamos también a su edad, supongo.

(CARLOS canta, está aún subido en el árbol.)

AMELIA.- (A CARLOS.) He estando hablando con Ágata en la costura.

(MATILDE y CLAUDIO oyen la voz de AMELIA. CLAUDIO va a salir al patio pero MATILDE le detiene con un gesto que quiere decir: «Déjame que yo la prepare».)

CARLOS.- Y ¿qué?

AMELIA.- Me ha preguntado por ti.

CARLOS.- Cuando la veas mañana otra vez le das recuerdos de mi parte.

AMELIA.- ¿Es que ya no salís juntos?

CARLOS.- No.

AMELIA.- ¿Por qué?

CARLOS.- ¿A ti, que te importa?

(MATILDE entra en la cocina y se asoma a la puerta del patio; CLAUDIO cierra su maletín, no sabe que hacer con él; le deja en un rincón; se mira en el espejo, se pasa la mano por el pelo y se da en los botones de la chaqueta.)

AMELIA.- Te pasas la vida jugando con unas y con otras.

CARLOS.- No te metas en los asuntos de los demás y preocúpate de los tuyos.

(MATILDE sale al patio.)

MATILDE.- ¿Ya estamos como el perro y el gato?

AMELIA.- Yo no tengo asuntos de esos.

CARLOS.- ¿Y no te parece, a tu edad, bastante preocupación?

MATILDE.- Eres un bruto.

(AMELIA se levanta; está rígida, a punto de llorar.)

CARLOS.- Me pone nervioso con tantas preguntas. Siempre está igual, se pasa la vida husmeando. A ver si encuentras un hombre de una vez y dejas de dedicarte a traer y llevar recados para todos.

(MATILDE se acerca a AMELIA que ha llegado hasta primer término.)

ALBERTO.- (Voz de; fuera.) ¡Carlos...!

MATILDE.- Entra, hija, no le hagas caso.

(Entra por la derecha ALBERTO.)

ALBERTO.- ¡Carlos!

CARLOS.- ¿Qué pasa?

ALBERTO.- Que vayas a la taberna; hay un tipo que pregunta por ti.

CARLOS.- (Bajando del árbol.) ¡Bravo, ya están ahí! (Salta al suelo.) ¿Que aspecto tiene?

TERE.- Muy peripuesto con un sombrero negro y todo, dice que no puede venir hasta aquí con el coche; y tiene una tipa dentro que está de miedo.

(CARLOS entra en la cama.)

CARLOS.- Seguro que es don Alfredo que viene a contratarme.

(Entra en la casa y cruza el pasillo y sale hacia su habitación; se le oye cantar dentro muy alegre.)

(CLAUDIO sale al patio; su mirada se cruza con la de AMELIA; hay un momento de indecisión en ésta.)

MATILDE.- Vamos, ¿es que no vas a perdonar nunca?

AMELIA.- No.

MATILDE.- Es tu padre.

AMELIA.- Déjame.

MATILDE.- Los hombres son como son; él no ha olvidado, pero no podía estar siempre solo, ¿comprendes?

(MATILDE hace a CLAUDIO un gesto de que se acerque como queriendo decirles: «Este es el momento».)

AMELIA.- ¿Tú también ahora te pones de su parte?

(CLAUDIO se acerca a AMELIA con los brazos abiertos; ésta se vuelve, le mira y entra corriendo en casa.)

MATILDE.- ¡Amelia...!

CLAUDIO.- ¡Déjala...!

(AMELIA entra corriendo por el pasillo y se encierra en su cuarto.)

MATILDE.- ¡Amelia...!

(MATILDE entra en la casa y llama con los nudillos a la puerta de la habitación de AMELIA.)

MATILDE.- ¡Ábreme!... ¡Ábreme!

(Entra TIAN arrastrando el carrito de la hoguera que se está apagando; detrás MIGUEL, ARTURO, MANOLO y SEBIO.)

MIGUEL.- Venga, id cogiendo papeles y tablas, trapos, todo lo que se pueda quemar. **(A CLAUDIO.)** Échanos una mano, no hay que dejar que se apague la hoguera.

ARTURO.- Cada casa tiene la suya, y la que se apague antes...

CLAUDIO.- ¿Qué ocurre?

MANOLO.- Bueno debe ser una tontería pero...

SEBIO.- Dicen que trae desgracia.

(Todos recogen papeles y maderas que echan al fuego.)

MATILDE.- ¡Amelia...!

CARLOS.- **(A MATILDE.)** Deséame suerte.

(CARLOS sale de su habitación vestido de punta en blanco.)

(CARLOS entra cantando en la sala; las llamas de la hoguera se agigantan como grandes manos vivas. MIGUEL hace un gesto a sus amigos; se arrodillan mirando hacia la puerta; todos le imitan, sale CARLOS que continúa cantando.)

ARTURO.- ¡Ahí va ése!

SEBIO.- ¿A dónde vas disfrazado?

(MIGUEL y los demás avanzan hacia él de rodillas agitando los brazos en alto. CARLOS lanza el agudo final, aplausos; se levantan y le alzan en hombros; risas y exclamaciones exageradas. En realidad se están riendo de él.)

CARLOS.- Sí, vosotros reiros, pero dentro de poco si queréis oírme. **(Hace gestos de contar dinero.)** Tendréis que pagar buenos billetes si queréis oírme.

(CARLOS logra liberarse, sale corriendo por la derecha; rechufla general.)

ALBERTO.- **(Voz de; fuera.)** ¡Carlos...!

CARLOS.- ¡Oh! Es la fortuna que me llama.

MIGUEL.- Tú eres él que tendrás que pagar por verme a mí.

(Lanza una gran patada en el aire.)

MIGUEL.- ¡La hoguera!

(Siguen alimentando el fuego; CLAUDIO les ayuda a romper un cajón cuyas tablas van echando a las llamas.)

CLAUDIO.- Entonces, ¿eso del fútbol va en serio?

MIGUEL.- (A los demás.) Contad vosotros chicos.

TIAN.- Un auténtico fenómeno.

SEBIO.- Le han propuesto un fichaje así. **(Apiña los dedos.)**
¡Así...!

MANOLO.- Y nada de equipos de barrio; profesionales, ¿eh?

CLAUDIO.- Y, ¿por qué no te dedicas a ello? Con un poco de suerte podrías ganar una fortuna.

TIAN.- ¿Verdad que sí?

(MATILDE ha salido al patio y hace a CLAUDIO que la mira un gesto negativo refiriéndose a AMELIA.)

MANOLO.- Es lo que nosotros le decimos.

MIGUEL.- Bueno no es tan sencillo, pero...

ARTURO.- Otros lo han hecho ¿no?

TIAN.- Si yo tuviera tus facultades...

MIGUEL.- ¿Sabes como me llaman?

MANOLO.- Miguel «El rayo».

SEBIO.- Tiene unas piernas que coge el balón y **(Gesto rápido de zig-zag.)** visto y no visto.

(MATILDE entra en la cocina.)

ARTURO.- Cuando se quieren dar cuenta que coge el balón está durmiendo en la red.

(MIGUEL se asoma a la cocina.)

MIGUEL.- ¡Oye, madre! Dice el tío que por qué no me dedico al fútbol.

MATILDE.- Ya sabes lo que piensa tu padre de eso.

(MATILDE entra en la sala, sigue preparando las cosas para la cena.)

CLAUDIO.- Pero a veces una palabra a tiempo.

MATILDE.- No hace falta que vengas tú a animarle; están todos dando la tabarra con lo mismo.

CLAUDIO.- ¿Y por qué no? A mí me parece buena profesión.

MIGUEL.- Ojalá mi padre pensara así. ¿Por qué no le dices tú algo?, ¡eh! Quizá a ti te hiciera caso.

MATILDE.- Ni una palabra, ¿eh?; bastantes disgustos hemos tenido ya a cuenta del dichoso fútbol en esta casa.

MIGUEL.- Dile tú algo.

(CLAUDIO entra en la cocina.)

(MIGUEL y los demás sobre las llamas.)

(Entra PEDRO por la derecha; viene en mangas de camisa.)

PEDRO.- Pero, ¿qué hacéis aquí? Andan las muchachas solas por la explanada y vosotros... ¡Vaya juventud...!

MIGUEL.- El último, gallina...

(Sale MIGUEL corriendo por la derecha, los demás detrás; exclamaciones y comentarios *ad libitum*.)

(PEDRO les ve ir corriendo.)

PEDRO.- ¿Matilde...?

(Al oír la voz de PEDRO, MATILDE mira a CLAUDIO.)

ANDREA.- **(Voz de; fuera.)** Este bochorno no anuncia nada bueno; me parece que este año vamos a tener hoguera pasada por agua.

DARÍO.- **(Voz de; fuera)** No seas pájaro de mal agüero; ¿qué, Pedro? ¿Venís luego?

(MATILDE sale, se acerca a PEDRO.)

ANDREA.- **(Voz de; fuera.)** Anímale tú, Matilde.

MATILDE.- Ya veremos, ya.

(MATILDE le besa.)

MATILDE.- ¿Qué tal?

PEDRO.- Bien.

MATILDE.- Como si no te conociera: a ti te ocurre algo.

PEDRO.- ¡Bah!, cosas del trabajo.

MATILDE.- ¿Otra vez el jefe de la sección?

PEDRO.- **(Toca madera.)** Lagarto, lagarto. **(MATILDE ríe.)**
Ni me lo nombres siquiera. Bastante tengo con tener que aguantar su visita durante ocho horas al día desde hace veinticuatro años. Voy a refrescarme un poco.

(MATILDE entra en la cocina; PEDRO se quita la camisa; pone el caldero sobre el cajón y se refresca la cara y los brazos.)

PEDRO.- ¿Y los chicos?

MATILDE.- Por ahí.

(MATILDE coge el caldero se pone en la piedra y abre el grifo; CLAUDIO desde la sala le hace señas a MATILDE de si debe irse; MATILDE contesta también por señas que espere.)

PEDRO.- Desde que ha comprado uno de esos coches que parecen un huevo todo pintado de amarillo se pasea entre las mesas arriba y abajo con las llaves colgadas de una cadena que le llega casi a las rodillas. Su mujer se ha comprado un enorme abrigo de pieles.

MATILDE.- **(Ríe.)** ¿Y se lo pone con este tiempo?

(PEDRO echa leña a la hoguera.)

PEDRO.- ¿Que si se lo pone?

(MATILDE le da una toalla a PEDRO y coge la camisa que éste se ha quitado y entra en la sala.)

PEDRO.- Yo creo que no se lo quita ni para dormir.

(PEDRO se seca; MATILDE cruza la cocina; CLAUDIO va hacia ella.)

MATILDE.- Y luego con lo gorda que es.

CLAUDIO.- (Susurrando.) ¿Qué te ha dicho?

MATILDE.- (Lo mismo.) No seas impaciente.

(MATILDE entra en la alcoba y saca una camisa del armario.)

PEDRO.- Le lleva casi arrastrando.

MATILDE.- Vamos, para que se vea bien que por falta de piel no ha quedado.

MATILDE.- ¿Qué te ha hecho?

PEDRO.- ¿A mí?

MATILDE.- Sí, a ti.

PEDRO.- Sólo falta que...

MATILDE.- Algo habrá sido, no hay más que ver la cara que traes.

PEDRO.- (Indignado.) ¿Algo? A ese mastuerzo no se le ocurre más que venir y cuando ya estábamos recogiendo decirme delante de todos: «Estoy muy contento de usted, pero que muy contento muchacho».

(MATILDE ríe.)

PEDRO.- Y me da una palmada así; ¡a mí!; así que luego menudo cachondeo.

(PEDRO se sienta en el cajón y va echando maderas a la hoguera.)

(MATILDE coge el balde y lo mete en la cocina.)

PEDRO.- Sí, tú ríete; a los cincuenta y siete años y siempre con una cara hasta el suelo, que si me vieras allí no me conocerías y todo para imponer respeto, y ahora: «El muchacho que le llaman por teléfono»; «Dile al muchacho que te pase la máquina...», oye pero que un pitorreo...

(MATILDE y CLAUDIO se miran.)

MATILDE.- (Como sin dar importancia a la cosa.) Ha venido Claudio, ¿sabes?

(PEDRO se pone en pie como movido por un resorte.)

PEDRO.- (Muy fúnebre.) ¿Ha dicho cuánto tiempo piensa quedarse?

(MATILDE, aún en la cocina, y CLAUDIO, en la sala, continúan mirándose.)

MATILDE.- Pedro, cómo eres.

PEDRO.- No, si sólo lo digo por saber...

MATILDE.- Ten un poco de consideración; es mi hermano.

PEDRO.- ¿Le ha visto Amelia?

MATILDE.- Sí.

PEDRO.- Y, ¿qué ha dicho?

MATILDE.- Nada; se ha encerrado en su cuarto.

PEDRO.- Podía haberse quedado donde estaba ese imbécil. ¿A qué ha venido? ¿A hacer sufrir a la chiquilla y molestar a los demás?

(CLAUDIO coge el maletín, descuelga su gabardina e inicia la salida por la puerta del fondo que da al portal; MATILDE corre hacia él, le quita la gabardina y el maletín.)

MATILDE.- (A media voz.) Vete un rato a la taberna; cuando vuelvas ya estará todo arreglado.

(CLAUDIO sale; MATILDE cuelga la gabardina y mete el maletín en el cuarto de MIGUEL; PEDRO entra en la sala.)

PEDRO.- ¿Y Clara?

MATILDE.- (Voz de; dentro.) No tardará en venir.

PEDRO.- A Clara le pasa algo, cada día habla menos. Más que una hija parece que tenemos en casa a una vecina. Llega del trabajo, come y otra vez al trabajo; llega por la noche, cena, y a la cama.

TERE.- (Voz de; fuera.) ¡Dámela...!

PEDRO.- Y luego todo el día del brazo de ese imbécil.

(MATILDE sale del cuarto, cruza la sala y entra en la alcoba; ayuda a PEDRO, que se ha sentado en la cama para quitarse los zapatos.)

(Entran TERE y LUCAS; éste agita en lo alto una tea encendida; TERE da saltos a su alrededor intentando alcanzarla.)

TERE.- ¡Dámela...!

(MATILDE da a PEDRO las zapatillas, y luego una chaqueta de pijama.)

MATILDE.- Para ti todos los muchachos que han salido con ella son imbéciles.

TERE.- ¿Eres tonto? ¡Dámela!

PEDRO.- ¿Y tengo yo la culpa?; si no hay más que mirarles a la cara, mucha moto, mucha corbata y mucho cuento.

MATILDE.- La gente de la ciudad, es como es.

PEDRO.- ¡Pero si es que tiene la cara de besugo...! ¡Vaya gusto que me ha sacado la tonta ésa...!

MATILDE.- (Riendo.) En eso habrá salido a mí.

(Se miran y ríen los dos.)

(TERE continúa sus saltos alrededor de LUCAS intentando coger la tea.)

TERE.- Si no me la das, no te quiero más.

(LUCAS suelta la tea que cae al suelo.)

(MATILDE va hacia PEDRO y le besa.)

(TERE coge la tea y traza con ella unos signos en el aire como si escribiera.)

PEDRO.- ¿Qué estarás tú tramando?

MATILDE.- ¿Vas a hacer lo que yo te pida?

PEDRO.- Depende de lo que sea.

MATILDE.- Así no vale, ¿sí o no?

PEDRO.- Está bien: sí, a ver con qué sales ahora.

MATILDE.- Di: «Voy a ser amable con Claudio».

TERE.- ¿Sabes lo que he escrito?

PEDRO.- Todo menos eso.

(LUCAS hace un gesto negativo.)

TERE.- Mira; fíjate bien, ¿eh?

(TERE traza signos en el aire con la tea.)

MATILDE- Vamos, dilo: «Quiero mucho a Claudio».

PEDRO.- No.

TERE- **(Escribiendo.)** Lucas...

MATILDE- Anda dilo: «Quiero mucho...».

PEDRO.- **(Refunfuñando.)** Quiero mucho al imbécil de tu hermano

MATILDE- Eres encantador. **(Besa a PEDRO.)** Voy a terminar de hacer la cena; viene muy cansado el pobre.

(MATILDE sale de la alcoba y entra en la habitación de CARLOS.)

PEDRO.- ¿Cansado después de más de sesenta años de reposo? Desde que nació no ha dado golpe.

(PEDRO entra en la sala, conecta la radio, se sienta, abre la cartera y comienza a consultar unos papeles.)

TERE- ¿Sabes lo que he escrito?: «Lucas», me gusta mucho, tu nombre.

(LUCAS hace signos de que le deje la tea. TERE se la da. LUCAS traza signos en el aire.)

TERE- (Deletreando.) Tere... (LUCAS se para.) Sigue, vamos sigue. ¿Es que te da vergüenza? (Gestos afirmativos de LUCAS.) A mí no me importa que no puedas hablar, ¿sabes? (Se sienta en el columpio y se balancea mientras canta.) ¿Te gusta?; lo vi en una película; claro que así, sin el gran vestido blanco y la pamea, pierde mucho, entonces el chico se acerca (LUCAS avanza dos pasos.) y le dice a la chica: «Te quiero» y un montón de cosas bonitas. (LUCAS retrocede y se vuelve como para salir.) ¡Espera! ¿Es que no quieres estar un ratito conmigo? Vi cómo el otro día les pegaste a todos porque rompieron los huevos del nido de la encina del desmonte, y tiras las piedras más altas que nadie; por eso en cuanto las ven echan a correr, pero conmigo es muy distinto, ¿verdad?; porque yo soy ya una mujer aunque todos me tratan como una niña; te lo aseguro, soy una mujer grandísima. (Se calza unos botes de hojalata y anda con ellos.) Fíjate, ¡soy ya más alta que tú...!

(LUCAS salta a su alrededor; luego se pone sobre el columpio y se balancea en él; salta y comienza a subir al árbol; se deja caer y vuelve hacia ella.)

TERE- Pero, ¿qué te pasa? (LUCAS se la queda mirando, sonríe.) ¡Madre mía! ¿Qué sucio estás...? ¿Dónde te has metido? (Saca su pañuelo del bolsillo.) Toma mi pañuelo y límpiate; no lo mires porque está manchado de carmín. Es de mi hermana, ¿eh? (LUCAS se limpia.) Y ahora suénate. (LUCAS la mira como preguntando el porqué.) Yo tampoco sé por qué, pero siempre que lloro mi madre me dice que me suene después.

(Se oye fuera el ruido de una moto que se acerca por la derecha. LUCAS mira.)

TERE- Es mi hermana que viene con el novio que es tonto y además la moto no es suya, que le faltan de pagar dos plazos. ¿Te gusta mi hermana?

(Gesto de LUCAS, primero de sí y luego de no, muy rápido, arrepentido.)

TERE- Todo pintura hijo; y tira de aquí, y levanta de allá.

(Imita a su hermana pintándose y vistiéndose.)

TERE- Y es que las mujeres cuando llegan a esa edad se estropean mucho.

(LUCAS la mira fijamente; TERE le pasa un dedo por la mejilla.)

TERE- Eres el único niño del barrio que tiene ya ojos de hombre.

(LUCAS baja la cabeza avergonzado; ella se la alza por la barbilla.)

TERE- ¿A ver? ¡Mírame, mírame...!

(Entra MATILDE en la sala.)

PEDRO- ¿Se cena o no se cena?

MATILDE- Ahora mismo lo preparo.

(LUCAS, de espaldas a TERE, coge un tebeo.)

TERE- ¡Ven! ¿Dónde vas?

(MATILDE pasa a la cocina.)

TERE- Toma.

(Le da el tebeo que LUCAS coge como una joya pero sus ojos continúan fijos en TERE.)

TERE- Y ahora dame tú algo.

(LUCAS saca del bolsillo unas canicas, un trozo de cuerda y unos cromos; se los da a TERE que lo guarda todo cuidadosamente en el bolso del vestido.)

TERE- (Muy digna.) Mañana a las siete junto a la fuente.

(Gestos afirmativos de LUCAS.)

TERE- Que seas puntual, ¿eh?

(TERE entra muy solemne en la casa. TERE le mira desde el quicio de la puerta, LUCAS avanza hacia la puerta, hace una pirueta y al salir corriendo por la derecha atropella a CLARA y ROBERTO que entran en ese momento.)

TERE- Mamá, debo comunicarte algo muy importante: tengo novio y vamos a casarnos enseguida; me lo acaba de decir ahora mismo.

(CLARA se sienta en el cajón frente a la hoguera;
ROBERTO da unos pasos alrededor.)

MATILDE.- ¡Qué interesante!

TERE.- Te estoy hablando completamente en serio.

MATILDE.- Aparta, niña.

TERE.- No soy una niña; soy ya una mujer.

MATILDE.- Que sí, mujer...

(ROBERTO se acerca a CLARA y le pone una mano sobre
el hombro que ella aparta bruscamente.)

ROBERTO.- Clara...

CLARA.- (Secamente.) ¡Déjame...!

TERE.- Así que ya lo sabes. Hay que ir preparando las cosas.

PEDRO.- (Desde la sala.) Y, ¿para cuando es la boda?

TERE.- (Entra en la sala.) En cuanto él vuelva del servicio
militar. (Preocupada.) ¿Los mudos hacen el servicio militar?

(MATILDE mira desde la cocina.)

PEDRO.- No.

MATILDE.- (Al quite.) Pero claro que sí...

(MATILDE entra; gestos a PEDRO.)

PEDRO.- (Sin comprender aún.) Y ¿quieres decirme qué iban a hacer allí?

MATILDE.- Pues... ¡Qué sé yo! Señales con las manos para...

TERE.- ¿Para qué?

(MATILDE hace gestos a PEDRO de que venga en su ayuda. PEDRO comprende al fin e intenta arreglarlo.)

PEDRO.- (Haciendo muchos gestos con las manos.) Para cuando se rompa el teléfono.

TERE.- (Admirada.) ¡Ah...! Porque yo quiero que él vaya con todos los demás.

ROBERTO.- ¿Ya estás otra vez llorando?

(CLARA oculta la cara entre las manos y solloza.)

(TERE entra en la cocina.)

TERE - Mamá, parece que no habla, pero sí; con los ojos, y tiene una voz muy ronca cuando llora.

MATILDE.- Vete poniendo el mantel.

(ROBERTO inicia la salida por la derecha.)

CLARA.- ¿A dónde vas?

(ROBERTO se inmoviliza.)

CLARA.- Sólo faltaba eso; que me abandonaras ahora.

(TERE entra cantando en la sala, abre un cajón de la cómoda y da vueltas alrededor de la mesa cantando y bailando; extiende el mantel y lo pone sobre la cabeza.)

TERE.- ¿Qué tal estoy?

PEDRO.- Muy guapa ¿Le quieres más que a mí?

TERE.- Es distinto.

(TERE da la vuelta alrededor de la mesa y se acerca a PEDRO; mimosa.)

PEDRO.- ¿Estás triste por eso?

TERE.- Tonto...

(Le besa; entra MATILDE con los platos.)

MATILDE.- ¿Y el mantel?

(TERE deja el mantel, sale corriendo por el pasillo y entra en la habitación de CLARA. MATILDE y PEDRO sonríen; se cogen una mano. Se oye la voz de TERE que canta dentro.)

TERE.- (Voz de; dentro.)

«¿A dónde vas Lucas?,

¿qué vienes a buscar?

Vengo a buscar a Tere.

Si usted me la quiere dar...»

CLARA.- Pero hala, di algo; no te quedes ahí con las manos en los bolsillos.

ROBERTO.- Y, ¿qué quieres que haga? ¿Que dé saltos de alegría?

CLARA.- No, claro; tú crees que con hacer lo que hiciste lo tienes ya todo hecho.

(MATILDE sale hacia la cocina.)

(ROBERTO enciende un cigarro; le tiembla la mano.
CLARA se levanta, va hacia él y le pone las manos sobre los hombros.)

ROBERTO.- Pero si es que ahora no es posible.

CLARA.- Yo puedo trabajar, ¿no?

ROBERTO.- Ya estás trabajando.

(CLARA intenta volver a ROBERTO hacia sí; él se resiste; ella da la vuelta y se sitúa frente a él.)

CLARA.- No es un verdadero trabajo; estar sentada detrás de una máquina calculadora y, pin, pan; zis, zas... Es todo lo que tengo que hacer; pero lo dejaré. Es cómodo pero se gana poco.

ROBERTO.- Y, ¿qué vas hacer?

CLARA.- Pagan bien por horas fregando en las casas.

ROBERTO.- ¿Y el... eso?

CLARA.- Podemos dejarle en casa de mi madre; bueno, o de la tuya.

ROBERTO.- ¡Ni la nombres! Se me pone la carne de gallina pensando en lo que tendrá que oír cuando se entere.

CLARA.- Te creerás que a mí mi padre me va a coger en brazos.

ROBERTO.- Y luego está la casa. ¿Dónde vamos a ir?, ¿eh?

CLARA.- Pensando así no nos hubiéramos podido casar nunca.

ROBERTO.- ¿Dónde? ¿Di? ¿Dónde...?

CLARA.- ¡Qué sé yo! ¿Tienes miedo?

ROBERTO.- No, cosquillas ¿No ves cómo me río?

(ROBERTO ríe falsamente; CLARA le da una bofetada; se oye fuera una voz de niña pequeña que grita.)

(CLARA se tapa la cara con las manos y se sienta en el cajón frente a la hoguera.)

CLARA.- **(Sollozando.)** Lo que pasa es que no me quieres.

ROBERTO.- Si no es eso.

CLARA.- Dios mío ¿Qué va a ser de mí ahora?

ROBERTO.- No empieces, ¿eh?

CLARA.- ¿Qué va a ser de mí?

(Entra MATILDE en la casa.)

MATILDE.- ¿Pero aún no ha salido Amelia?

(Entra en el pasillo y llama a la puerta del cuarto de AMELIA.)

CLARA.- Entonces, ¿qué?

ROBERTO.- ¿Crees que todo irá bien después?

(Golpeando la puerta con los nudillos.)

MATILDE.- ¡Amelia...!

CLARA.- ¿Y por qué no iba a ir bien?

MATILDE.- ¡Amelia...!

ROBERTO.- ¿Siempre?

MATILDE.- ¿Es que no vas a echarme una mano?

(CLARA se acerca a ROBERTO.)

CLARA.- Tengo confianza en ti.

ROBERTO.- Yo soy quien no tiene confianza en mí.

CLARA.- No te tortures. **(Le besa.)** Te quiero.

PEDRO.- Me duele un poco la cabeza.

MATILDE.- Claro, estás leyendo sin gafas; deja esos papeles y tumbate un poco; la casa no es la oficina.

ROBERTO.- Vamos, no llores más. ¡No puedo verte llorar...!

CLARA.- ¿Tú me quieres? Responde ¿Me quieres... aún?

ROBERTO.- Sí.

CLARA.- ¿Seguro?

ROBERTO.- (Gritando.) ¡Que sí...!

(MATILDE saca del cajón de la cómoda una funda de almohada y entra en la habitación de CARLOS.)

ROBERTO.- Tengo miedo; ya te lo he dicho.

CLARA.- Yo también; todos lo tienen.

(De pronto la escena se ilumina de un resplandor blanquecino que tiembla un instante y desaparece.)

ROBERTO.- No quiero que un día me mires y me preguntes: «¿Quién eres tú? Yo conocí a un muchacho lleno de sueños y de palabras bonitas...»

(PEDRO busca algo en el cajón de la mesita.)

ROBERTO.- ...«Y es esto todo lo que tengo ahora...»

PEDRO.- ¡Matilde...!

ROBERTO.- ...«Todo lo que has podido darme...»

PEDRO.- ¡Matilde...!

ROBERTO.- Estaremos en el mismo sitio que ahora con diferencia que hoy tenemos una oportunidad...

MATILDE.- (Voz de; fuera.) ¿Qué?

ROBERTO.- Entonces será imposible comenzar de nuevo; sólo nos quedará estar así, mirándonos, soportándonos, viéndonos envejecer, consumir, desaparecer...

PEDRO.- ¿Dónde están mis gafas?

CLARA.- **(Recalcando las palabras.)** ¿A «eso» lo llamas tú una oportunidad? ¿A «eso»?

MATILDE.- **(Voz; de fuera.)** En el bolsillo del traje las he visto esta mañana.

CLARA.- ¿Hacerlo... desaparecer? ¿Es eso lo que me estás pidiendo?

(PEDRO abre el armario y busca.)

CLARA.- ¡Responde...!

ROBERTO.- **(Casi sin voz.)** Sí.

(CLARA entra llorando en la casa, atraviesa el pasillo como a tientas, sin saber dónde meterse; en ese momento sale AMELIA de su cuarto.)

AMELIA.- Pero, Clara...

CLARA.- No quiero verle más.

(Rápidamente se quita un anillo que entrega a AMELIA.)

CLARA.- Toma, dáselo.

ROBERTO.- ¡Clara...!

CLARA.- Y dile que no vuelva más. ¡Nunca más...!

(Entra en su habitación. Portazo.)

ROBERTO.- ¡Clara...!

(AMELIA sale al patio.)

AMELIA.- ¿Qué os ha ocurrido?

ROBERTO.- Nada.

AMELIA.- (Mostrándole el anillo.) Me ha dado esto para ti.

(ROBERTO mira el anillo y sale corriendo por la derecha.)

AMELIA.- ¡Roberto...!

(Se oye el motor de una moto. AMELIA cruza la escena hacia la derecha.)

CLARA.- (Voz de; dentro.) ¡Espera...!

(CLARA sale corriendo de su habitación, atraviesa el pasillo y sale por la puerta del fondo.)

CLARA.- (Voz de; fuera.) ¡Roberto...! ¡Roberto...!

(AMELIA avanza hacia la derecha El ruido de la moto se va alejando. AMELIA mira el anillo, se lo pone y mira fijamente su mano, luego nuevamente hacia afuera; después aprieta las manos contra el pecho.)

CLARA.- (Voz de; fuera.) ¡Roberto...!

AMELIA.- (Suavemente.) ¡Roberto...!

(Aparece TERE en el pasillo: lleva un vestido de su hermana, zapatos de tacón alto que arrastra en chancletas y se ha soltado las trenzas.)

(Entra por la izquierda LUCAS; trae un paquete envuelto en un papel de periódico; mira hacia la casa; ve a TERE en la sala y se esconde detrás del árbol.)

TERE.- (Suavemente.) ¡Roberto...!

(TERE sale al patio y avanza declamando muy en mujer fatal, hacia el vacío.)

TERE.- «Perdóname que me haya retrasado tanto, pero es que me he estado arreglando un poco...»

(De pronto se le doblan los tacones y se cae al suelo; LUCAS sale corriendo de su escondite.)

TERE.- (A gritos.) ¿Qué haces tú aquí? Te dije que... **(Se levanta indignada.)** Espiándome; estabas ahí escondido, espiándome.

(TERE llora. AMELIA acude.)

AMELIA.- ¡Madre mía! **(Ayuda a TERE a ponerse en pie.)** Quitate esos pingos inmediatamente ¿Te has hecho daño?

TERE.- (A gritos a LUCAS.) ¡Ya no te quiero nada! ¡Nada...!

AMELIA.- Has roto un tacón y son los zapatos nuevos de tu hermana; ya puedes prepararte.

(CLARA, que entra en ese momento por la derecha, coge de manos de AMELIA los zapatos, mira el tacón roto y da una bofetada a TERE que llora a grito pelado.)

AMELIA.- Te está bien empleado.

(CLARA entra en la casa.)

CLARA.- Los únicos zapatos que tenía un poco decentes ¡Qué vida, Dios mío! ¡Qué vida...!

(PEDRO sale de la alcoba; se encuentra con CLARA en la sala.)

PEDRO.- ¿Qué ha ocurrido?

TERE.- (A voces.) Clara me ha pegado.

PEDRO.- ¡Cuántas veces te tengo dicho que no pegues a la niña!

CLARA.- (Mostrándole el zapato roto.) ¡Mira...!

(Y entra en su cuarto. Portazo.)

TERE.- (A LUCAS.) ¿Aún estás ahí?

(Se desprende de AMELIA y va hacia LUCAS hecha una furia.)

TERE- ¡Fuera...!

(LUCAS le ofrece el paquete que trae.)

TERE- ¿Qué es esto? ¡Quita de mi vista esta porquería!

(LUCAS insiste en que lo coja. TERE lo hace y abre el paquete.)

TERE- Mira lo que hago con tu tesoro. (Arroja todo a la hoguera.) Vamos ¡Lárgate de una vez! ¡No quiero volver a verte nunca más! ¡Nunca más...!

(LUCAS sale corriendo de escena. TERE va a la hoguera e intenta recoger los tebeos, algunos se han incendiado ya. TERE y AMELIA apagan las llamas y con el paquete apretado al pecho entra en la casa.)

AMELIA- Ven, y o te acostaré; es tarde para ti.

(La coge de la mano. TERE lleva el paquete apretado contra el pecho.)

TERE- ¡No quiero!

AMELIA- Verás como quedan como nuevos; yo te ayudaré.

(Entran por la izquierda MIGUEL, SEBIO y TIAN con tablas y papeles para alimentar la hoguera.)

(SEBIO coge el carrito.)

SEBIO.- Venga, yo lo llevo.

MIGUEL.- ¿Así? Con esto no hay ni para empezar.

TIAN.- Hay que traer más: trapos, botes, sacos, lo que sea.

SEBIO.- Pero si ya está bien.

TIAN.- ¿Qué quieres? ¿Que hagamos el ridículo?

SEBIO.- Venga, a hacer la rebusca por la explanada.

(Han ido hacia la derecha; MIGUEL lleva el carrito; al pasar por delante de la alcoba de MIGUEL ve a PEDRO que entra, abre la puerta en ese momento; TIAN y SEBIO han salido ya.)

(MIGUEL se asoma a la ventana, se acoda en el marco.)

MIGUEL.- **(Rápido.)** ¿Me das diez duros?

PEDRO.- Hombre; habló el profeta y dijo...

MIGUEL.- Cinco.

PEDRO.- **(Extendiendo la mano hacia él.)** ¡Venga!

MIGUEL.- Es que quiero salir mañana con una chica, y no tengo ni cinco.

PEDRO.- Toma. **(Le enseña un billete.)** ¿Te arreglas con esto?

(MIGUEL alarga la mano para coger el billete. PEDRO retira la mano.)

PEDRO.- ¡Ansioso...! (**Curioso.**) ¿Quién es? ¿La conozco?

MIGUEL.- (**Evasivo.**) No sé...

TIAN y SEBIO.- ¡Enseguida voy!

PEDRO.- ¿Y qué? ¿Hace mucho... que...? ¿Eh?

(**MIGUEL hace un gesto vago.**)

PEDRO.- (**Irónico.**) Te explicas, sí señor. (**Por el billete.**) A ver si te lo ganas, habla.

MIGUEL.- ¿Pero qué quieres que te diga?

PEDRO.- Pues, no sé; si te gusta, si...

MIGUEL.- Hombre, si no me gustara no iba a gastarme con ella, así por la cara, diez duros míos.

PEDRO.- Cinco; y todavía son míos.

(**Sale a la sala.**)

PEDRO.- Y ella, ¿qué...? ¿También? ¿Vamos que sí...? ¿Eh?

SEBIO.- (**Voz de, fuera.**) ¡Miguel...!

MIGUEL.- ¡Que ya va...! (**Cruzando con el carrito.**) Al potro, Miguel, son cinco duros.

(**PEDRO sale al patio.**)

PEDRO.- ¿Y bien? ¿Decías...?

MIGUEL.- No, si yo no decía nada; todo lo dices tú.

PEDRO.- (**Chungón.**) Vamos que te está tomando el pelo, quieres decir...

MIGUEL.- (**Muy digno.**) ¿A quién?, ¿a mí?

PEDRO.- A ver a quién va a ser.

MIGUEL.- A mí no me toma el pelo nadie.

PEDRO.- O sea, que va en serio.

MIGUEL.- Por mí...

PEDRO.- Vamos que es ella la que no...

MIGUEL.- Si es que no la entiendo.

TIAN y SEBIO.- (**Voces de; fuera.**) ¡Miguel...! ¡Miguel!

(**MIGUEL duda un instante, salir con los amigos o quedarse; al fin se sienta en el cajón.**)

MIGUEL.- La estoy hablando y de pronto se pone a mirar a lo lejos como si estuviera en otro mundo; y si le pregunto algo, resulta que no me ha oído ni una palabra de lo que he dicho.

(**PEDRO le ofrece tabaco.**)

MIGUEL.- No; ya lo he dejado.

PEDRO.- Las mujeres son así; tienen... no sé... sueños. Me pasa con tu madre: le estoy diciendo algo importante y cuando llevo una hora explicando, por ejemplo, que en la oficina el nuevo jefe de sección es un hueso o que van a suprimir parte del personal, o ¡qué sé yo!, cosas importantes. Te mira sonriendo como si... no sé. Como si volviera de un viaje a la luna, y va y te dice: «¿Te acordaste de avisar al fontanero? La pila sigue atascada» Y así son todas.

MIGUEL.- Si es que además no sé que decirle; me quedo como un pasmarote. La miro, me mira y me empiezo a poner colorado y a no saber que decir ¡Y un sudor...! Y ella, como si nada, ¿eh?

PEDRO.- Son muy suyas ¿Cómo se llama?

MIGUEL.- (**Muy avergonzado.**) Teófila.

(PEDRO ríe.)

PEDRO.- Y ¿cómo la llamas? ¿Teo o Fila?

MIGUEL.- (**Muy avergonzado.**) La Merengue.

(PEDRO ríe más.)

PEDRO.- Pero tú, vamos en la intimidad, se entiende.

MIGUEL.- Nada. (**Ingenuo.**) «Pero Teófila...», la que armó: «A mí me llamas la Merengue».

(PEDRO ríe.)

MIGUEL.- Así que luego en cuanto la veía me escapaba por el otro sitio; y los amigos: «Mira, el panoli éste, que se ha enamorado» y yo: «Que te doy ¿eh?, que a mí no me tomáis el pelo» y me ponía a charlar con las otras como si nada para que vieran. Porque con las demás, nada; como siempre, tan fresco; pero en cuanto se acerca ella, o con solo oír su nombre es que ya no doy pie con bolo.

PEDRO.- A todos nos ha ocurrido algo parecido alguna vez. (**Riendo.**) Aunque no con un merengue, claro.

(MATILDE sale del cuarto de CARLOS, atraviesa el pasillo y va hacia la cocina; pero ve en el suelo los papeles que antes se le cayeron a PEDRO; los recoge y los va metiendo en la cartera de mano.)

MIGUEL.- Ya, ya; ahí está Carlos, que le vienen como moscas; y él, como si nada, inmutable; saca lo que puede, se las sacude del hombro, y si te he visto no me acuerdo. Mira que yo le pincho algunas veces: «¿Qué?, ¿qué tal con la Merche?, ¿eh?»; y él te mira y te dice: «¿Qué Merche?», y es que ni se acuerda.

(MATILDE va con la cartera hacia la alcoba y abre la puerta con cuidado; al ver que PEDRO no está deja la cartera sobre la mesilla y va a salir.)

PEDRO.- Se acuerda, pero calla; no es hombre de dar voces al pregonero en tocante a esas cosas.

MIGUEL.- Hombre, es que da rabia que unos tanto y otros a verlas venir...

(MATILDE coge la chaqueta de PEDRO del respaldo de la silla, la da una sacudida y abre el armario.)

(Se oyen fuera las voces de la muchachada cantando: «Al coger el trébole », etc.)

(MATILDE se asoma a la ventana; lleva aún entre los brazos la chaqueta de PEDRO.)

PEDRO.- Y es que, ¡con esta cara de caballo que tenemos...!
(Ríen los dos.) Yo me arreglaba para ir a ver a tu madre y al peinarme me veía en el espejo y me decía: «Pero, ¿a dónde vas con esa cara, tú?» **(Ríen.)** Las mujeres como tu madre, nos ven por dentro; ellas sabrán lo que ven.

MIGUEL.- Es que además no tengo experiencia. **(Serio.)** Y bueno, me parece que voy a hacer el ridículo. Es que todos cuentan tantas historias: «Que si yo con aquella, que si con la otra...» y yo, es que nada: ya me entiendes.

(MATILDE sale al patio. Escucha.)

PEDRO.- Tu madre fue mi primera mujer; y a su tiempo. Claro que yo inventaba también historias en el bar; eso se hace siempre. La primera y la única y no me arrepiento. Me dieron luego unas ganas de cantar y de levantarme y de revolver todo, y abrir la ventana y ponerme, no sé, a ladrar o a aullar; ella estaba toda asustada: «Dios mío, qué vergüenza; que te van a oír y qué van a decir los vecinos...» Y yo: «Que se despierten, que se asomen todos y que nos vean». Entonces llegaron los de la charanga; estaban todos medio borrachos y querían entrar por el balcón; yo me fui a la cocina, cogí un cubo de agua y los puse..., se fueron cantando. Parece como si no hubiera pasado el tiempo; todos los de la pandilla se fueron casando; conoces a sus hijos, son tus amigos. Hemos llenado el barrio de muchachos como lo éramos nosotros, muchachos que cantan y bailan y se pelean y que después... Me has dicho muchas veces que no comprendes cómo pasamos las tardes de los domingos en el bar jugando al mus o al dominó. Es sólo un pretexto para estar juntos. Nunca hablamos de ello, pero en esos momentos, ¿sabes?, nos miramos y es como si el tiempo se hubiera detenido.

(Entran TIAN y SEBIO con maderas y papeles.)

TIAN.- ¿Es que te has quedado dormido?

SEBIO.- Venga, ven a trabajar como todos, ¿eh?

(SEBIO y TIAN avivan las llamas y saltan sobre ellas.)

(PEDRO ha pasado a primer término derecha. MIGUEL se le acerca.)

MIGUEL.- No es por nada pero...

PEDRO.- (Viéndole venir con mucha sorna.) Ya, ya...

MIGUEL.- Me has sacado hasta las entretelas, pero lo que es sacudirte tú, todavía no...

(PEDRO echa mano a la cartera que lleva en el bolsillo del pantalón; todo sin mirar a MIGUEL.)

PEDRO.- Que sí, hombre: ¿Cuánto?

(MIGUEL extiende la mano.)

MIGUEL.- (Burlón.) Habíamos quedado quince duros, ¿no?

PEDRO.- ¡Valiente desahogo! (Le da un billete.) Toma, me cuesta más caro hablar contigo que ni que lo hiciera por conferencia.

(SEBIO y TIAN tiran a MIGUEL de la camisa.)

SEBIO.- ¿Cuánto?

(MIGUEL se vuelve hacia ellos y hace gestos de «que vayáis enseguida; ya me reuniré con vosotros luego; ahora quiero hablar con mi padre de lo del fútbol», todo con una mímica nerviosa y procurando que su padre no se dé cuenta; MATILDE que ha salido del patio buscando a PEDRO, sospecha el juego, niega con la cabeza y parece que va intervenir, pero MIGUEL se lo impide con un gesto. TIAN y SEBIO casi se arrodillan cómicamente mientras le suplican que no intervenga; y en esta situación les sorprende PEDRO a todos pues se ha vuelto en este momento.)

PEDRO.- Pero, ¿qué ocurre?

(TIAN y SEBIO salen corriendo.)

MATILDE.- La cena está preparada.

(MATILDE entra en la cocina; coge unos platos pero se queda escuchando junto a la puerta.)

(PEDRO cruza la escena; presiente de qué quiere hablarle MIGUEL y no quiere enfrentarse, pero tampoco ceder.)

PEDRO.- Vamos, avisa a los demás.

MIGUEL.- Quiero decirte algo.

PEDRO.- ¿Y Carlos? No le he visto en toda la mañana...

MIGUEL.- Me han pedido que si el domingo pudiera jugar con...

PEDRO.- Te he dicho mil veces que no quiero oír hablar de eso.

(PEDRO al entrar en la cocina sorprende a MATILDE escuchando detrás de la puerta; efecto cómico; MATILDE entra rápidamente en la sala y deja los platos sobre la mesa.)

MIGUEL.- Pero es que es un partido muy importante.

PEDRO.- Eso, además; para que luego te vengan toda esa gente llenándote la cabeza de humo.

(PEDRO ha entrado en la sala y se sienta en la silla que da la espalda a la cocina; MIGUEL entra detrás.)

MIGUEL.- No se trata de humo; sino de propuestas de fichaje verdadero, con dinero verdadero, contante y sonante, y que no tengo nada más que alargarse la mano y cogerlo.

(MATILDE sale hacia la cocina desde cuyas puertas hace grandes gestos a MIGUEL, queriendo decir: «ya te lo había dicho, no revuelvas un disgusto; déjalo».)

PEDRO.- Nunca mientras vivas en esta casa, y a lo sabes.

MIGUEL.- Pero, ¿por qué? ¿por qué?

PEDRO.- Tengo mis razones.

MIGUEL.- Pero, escucha...

(PEDRO comienza a servirse.)

PEDRO.- Ya he dicho lo que tenía que decir.

(MATILDE entra con otro servicio rápidamente y dice con falsa tranquilidad mientras sigue haciendo gestos a MIGUEL con la cabeza.)

MATILDE.- ¿No vas a esperar a los demás?

PEDRO.- Espéralos tú, si quieres.

MATILDE.- Pero es que Claudio puede creer...

PEDRO.- Pero, vamos. ¿Aquí, quién manda?, ¿eh? Tu hermano mañana se pasará el día dando vueltas por aquí y por allá y yo tengo que levantarme temprano para ir a trabajar, ni que fuera yo el último mono de la casa.

(MIGUEL sale de la casa y del escenario por la izquierda.)

PEDRO.- ¿Qué pasa con Carlos?

MATILDE.- **(Ingenua.)** Nada. ¿Qué va a pasar?

(Entra AMELIA y aviva el fuego; se mira el anillo, se sienta sobre los talones y queda mirando fijamente a un punto del vacío; voces cantando a lo lejos y gritos de las muchachas saltando las hogueras.)

AMELIA.- Me has asustado.

CLARA.- ¿Qué haces?

AMELIA.- No sé, recordando y soñando despierta como siempre.

CLARA.- ¿Qué?

AMELIA.- ¡Tantas cosas...! Que son siempre la misma, ya sabes.

CLARA.- ¿Y Tere?

AMELIA.- Cenó antes; la he acostado.

CLARA.- Amelia...

(AMELIA se pasa una mano por la cara, lentamente.)

AMELIA.- Estoy envejeciendo.

CLARA.- Tengo algo que decirte.

(AMELIA mientras habla da vueltas mecánicamente el anillo.)

AMELIA.- No llega, no llegará nunca. Por eso me refugio en los sueños y en los recuerdos. Es como si recobrar a la muchacha que fue alegre, ilusionada. Os veo a todos ir y venir, vivir; mientras yo estoy aquí, agazapada, esperando.

(AMELIA aprieta el anillo en la mano y oprime ésta contra el pecho.)

AMELIA.- Hubiera sido una buena esposa, te lo aseguro; tengo tanta ternura almacenada, tanto hambre de amar, de ser amada, de sentir una mano enlazada a la mía. Yo haría cualquier cosa por ese hombre: le empujaría a triunfar; le haría reír; le escucharía...

MANOLO. (Voz de; fuera.) ¡Roberto...!

AMELIA.- (Como dialogando.) «Pero si no me importa, si sé que tienes razón siempre, aunque los demás digan que no; yo solo te quiero a ti»

(CLARA mira hacia la derecha donde el ruido lejano de la moto se pierde en la lejanía.)

AMELIA.- «Ven que yo tengo para ti un trono y una corona». (El mismo juego de antes) «Me estás haciendo daño; así...; soy débil y tú tan fuerte...»

(CLARA regresa, tiende una mano hacia AMELIA; ésta abre lentamente la mano en la que tiene el anillo, lo contempla un instante y se lo entrega a CLARA.)

AMELIA.- Perdona; no sé cómo me aguantas; siempre estoy con lo mismo.

(CLARA mira el anillo sobre su mano.)

CLARA.- Necesito decirle a alguien...

AMELIA.- Tú no puedes comprenderme...

(CLARA se arrodilla ante AMELIA en cuyo regazo oculta la cabeza.)

CLARA.- ¡Oh, Amelia...! ¡Ayúdame, Amelia!

AMELIA.- (Sonriendo.) ¿Yo a ti? ¡Qué tontería! Tienes un novio que te quiere. Te casarás con él, tendrás hijos; tu vida está llena. Pero ¿y yo? ¿Qué haré yo con la mía?

CLARA.- Te aseguro que a estas alturas no sé si me quiere, y lo que es peor, no sé si yo le quiero a él.

AMELIA.- Pero si es tan buen muchacho... y muy guapo. Un poco creidillo; pero todos son así. ¿Qué importa eso? Es bueno; todos son buenos en el fondo, pero ¡qué distantes, Dios mío...! ¡Qué distantes...!

CLARA.- Tengo algo que decirte. Algo muy importante.

(Se oyen fuera, cada vez más intenso, los gritos, los cantos y las risas de los muchachos; AMELIA cruza rápidamente la escena hacia la derecha como hechizada por estas voces.)

AMELIA.- Si oyeran lo que a veces les digo me tomarían, no sé, por una loca; les cuento todas mis pequeñas tonterías, los proyectos para el futuro, pero, ¿qué futuro? No lo hay para mí. Sola, siempre sola; abrazada a mis sueños, esperando lo que no llegará jamás.

(Por primera vez, CLARA sale de sí misma para entrar en el problema de AMELIA.)

CLARA.- Sí, lo hay. ¡Lo hay...!

(La mirada de AMELIA hacia los cantos, como si dijera: «Oh, poder estar allí, mirarles, sonreírles sin miedo, abandonarme en medio de su loca alegría, y entrar en todos ellos, una sola mirada compartida».)

AMELIA.- ¿No son sueños?

CLARA.- Que no, te lo aseguro; no he conocido a nadie que tenga tanto derecho a ser amada como tú.

AMELIA.- Es verdad, ¿eh? Di que sí; miénteme, pero dime que sí, que es cierto, que todo se realizará.

CLARA.- Sí, mujer.

AMELIA.- (**Transfigurándose.**) ¡Que todo se ha realizado ya...!

CLARA.- Sí.

(**Silencio absoluto en cuyo centro se alza el relincho de un mozo.**)

AMELIA.- Sí. ¡Es verdad! ¡Tiene que serlo...! (**Ríe incontinentemente.**) ¡Lo es...!, ¡lo es...!

(**Dos relinchos, tres, cuatro; algarabía y nuevamente las voces de los muchachos cantando obsesionadamente.**)

CORO DE MUCHACHOS.- (**Cantando; fuera.**) «Al coger el trébole...» etc.

AMELIA.- (**Cantando.**)

«... el trébole

al coger el trébole la Noche de San Juan...»

(**CLARA retrocede de espaldas; AMELIA se vuelve hacia ella; su rostro resplandece de alegría.**)

AMELIA.- ¿Qué querías decirme?

CLARA.- Nada, ya nada.

DARÍO.- (**Voz de; fuera.**) ¡La chocolatada! ¡La chocolatada...!

(Entran en escena MIGUEL, DARÍO, ERNESTO, ANA, ANDREA, ELVIRA, ALFREDO y los niños NARCI, FITOS y LUCAS.)

(ANA trae una perola con chocolate; ELVIRA dos tazas; ANDREA un plato con bizcochos; ERNESTO una pequeña mesa con un mantel blanco; DARÍO dos banquetas; ERNESTO trae cogido de la mano a LUCAS que quiere huir.)

(El juego escénico se desarrolla así: MIGUEL entra en la casa en busca de TERE, los demás disponen la mesa, las banquetas, sirven las tazas; cuando TERE sale la sientan frente a LUCAS, les atan dos servilletas al cuello y les vendan los ojos; LUCAS y TERE mojan los bizcochos en el chocolate y buscan a ciegas cada uno la boca del otro, una y otra vez; voces, exclamaciones y comentarios *ad libitum*.)

(Voces fuera de los amigos llamando a MIGUEL. Éste sale; el juego continúa.)

(Todos los de la casa han salido también a mirar y cuando la diversión está en su punto es cuando entra CARLOS.)

(Entra CARLOS dando saltos de alegría agitando la chaqueta en alto.)

CARLOS.- ¡Me han contratado! ¡Me han contratado...!

(CLARA y AMELIA le abrazan; luego todos los demás. PEDRO entra en la casa y se sienta a cenar. MATILDE entra detrás.)

CARLOS.- ¿Qué os parece?, ¿eh? Sabía yo que el gran momento llegaría.

(PEDRO mira fijamente a MATILDE que se sienta a su lado.)

(CARLOS entra en la sala, fuera los demás continúan el juego del chocolate.)

CARLOS.- ¿Has oído, madre? Ésta es la gran noche; una sala de fiestas y esto es sólo el comienzo; luego la televisión y después ¡el cine...! Quién sabe.

(El frío ambiente de sus padres que continúan cenando en silencio le frena.)

DARÍO.- ¡Oh...! Pero si está lloviendo.

(Comienza a llover.)

(Los de la chocolatada recogen sus bártulos y salen todos.)

CARLOS.- ¿Has oído, madre?

PEDRO.- Hemos oído; siéntate y cena.

(CLARA y AMELIA cogen a TERE y le hacen lavar en el patio, pero entretanto, escuchan atentamente lo que ocurre en la sala.)

CARLOS.- Lo siendo, pero he de irme; aún tengo que hacer mi última prueba.

PEDRO.- No habrá ninguna prueba; ya hemos discutido eso bastantes veces.

CARLOS.- Papá, cada uno tiene una oportunidad en la vida; ésta es la mía, y no pienso desaprovecharla.

PEDRO.- Si sales de esta casa no vuelva a ella jamás.

(PEDRO se levanta, entra en la alcoba; MATILDE entra detrás.)

AMELIA.- Pero, ¿Por qué?

(CLARA y AMELIA meten a TERE en su cuarto.)

(Se oyen fuera las voces de los niños que cantan.)

NIÑOS.- (Voces de; fuera.)

«Que llueva, que llueva.
la manta de la cueva,
los pajaritos cantan,
y las nubes se levantan;
que le den, que le den
con el rabo de la sartén...»

PEDRO.- ¿Es que no te das cuenta? Lo hago por su bien.

MATILDE.- Los hay que triunfan, ¿no?

PEDRO.- Pero los más fracasan.

MIGUEL.- ¡Clara...!

TIAN.- ¡Amelia...!

SEBIO.- ¡Venid..!

ALBERTO.- ¡Traed unos paraguas...!

PEDRO.- Y aún los que llegan, están ya quemados; quiero que mis hijos lleven una vida sencilla y feliz como la nuestra.

CARLOS.- ¿Feliz? ¿Has dicho feliz?

PEDRO.- Ya te lo he dicho, sí; si sales piensa que no volverás jamás.

(CARLOS inicia la salida por el pasillo.)

PEDRO.- ¿A dónde vas?

CARLOS.- Puesto que lo quieres así, a hacer mi maleta.

(CARLOS entra en la habitación.)

PEDRO.- De casa al trabajo y del trabajo a casa, pocos amigos... la mujer y los hijos. Esa ha sido la historia de mi vida.

(CARLOS con el maletín abierto que deja sobre una silla; mientras habla va metiendo la ropa.)

CARLOS.- Pero mi vida tengo que vivirla yo; me ves como una cosa tuya, una prolongación de ti mismo. Tienes cincuenta y siete años y en todo este tiempo has cruzado un pasillo y entrado por una puerta que está junto a la mía, tres metros más allá.

**(PEDRO entra en la sala, se sienta y continúa cenando;
MATILDE le mira desde la puerta de la alcoba.)**

CARLOS.- Necesitarás toda otra vida para avanzar otros tres metros más y entrar a otro despacho por otra puerta del mismo pasillo; y así yo podré ocupar el tuyo. Quizá esta escena vuelva a repetirse como tú mismo lo hiciste con tu padre ¿No te acuerdas? Tú me lo has contado.

(CARLOS sale fuera de la casa y se acerca a la hoguera en la que va arrojando los papeles; los ve arder; habla nuevamente como si pensara en voz alta. MATILDE se acerca a PEDRO y le mira suplicante; PEDRO come obstinado en no mirarla.)

CARLOS.- ¿Él estará aquí donde yo estoy, y le diré también que «hay que ir poco a poco, que esto es lo seguro; que hay que entrar de botones y luego subir poco a poco, diez años para cada salto, mientras los del despacho seis y siete van muriendo por turno...»?

(Llueve más fuertemente.)

TIAN.- (Voz de; fuera.) ¡Amelia!

SEBIO.- (Voz de; fuera.) ¡Clara...!

(AMELIA y CLARA salen corriendo por la derecha.)

PEDRO.- ¡Entra!

CARLOS.- No.

PEDRO.- ¡Que entres...!

(MATILDE se asoma al patio.)

CARLOS.- ¡Estoy harto! Soy un hombre inteligente y no quiero ir poco a poco.

(CARLOS entra en la sala.)

CARLOS.- Quiero subir de un salto; no me importa cómo; y caiga quien caiga.

(Se oye en la radio una canción «ye ye».)

CARLOS.- Canto mal, lo sé; y me importan un comino todas esas canciones. La gente quiere divertirse, no pagan a los que trabajan, pero sí a los que les divierten; y yo he decidido divertirles aunque dentro me esté muriendo de asco, porque es el único camino que veo para mí.

(MATILDE se acerca a CARLOS.)

CARLOS.- Dime tú otro; dímelo y correré tras él.

(Inicia la salida por el pasillo.)

MATILDE.- Un hombre debe respetarse a sí mismo.

(CARLOS extiende la mano mira al cielo; la lluvia cae sobre él lentamente; el agua chisporrotea las llamas.)

CARLOS.- (Volviéndose.) ¿Por qué? Si los demás no le respetan ¿Quién ha inventado ese cuento que nos ata, que nos inmoviliza a la tela de araña del «qué dirán» de la «respetabilidad», mientras nos chupan la sangre lentamente?

MATILDE.- Tienes un trabajo seguro, hijo.

(PEDRO entra en la sala.)

CARLOS.- ¿Seguro? No me siento seguro.

PEDRO.- (Desde la alcoba. A gritos.) ¿Sabes en qué mundo vas a meterte? **(Se asoma a la puerta.)** ¿Y hasta dónde puedes caer?

CARLOS.- ¿Dónde crees que estás tú? ¡En las estrellas! Lo que pasa es que ni siquiera te das cuenta: te has acostumbrado, yo prefiero hundirme de una vez para siempre así, de golpe; antes de verme caer un poco todos los días. Total para llegar a lo mismo.

MATILDE.- Puedes hacer tantas cosas.

CARLOS.- Pero, ¿Qué? ¿Qué...? **(Pausa.)**

(Sale por el pasillo y entra en su cuarto. PEDRO se acerca a la mesa coge el maletín le pone sobre la mesa y va sacando las cosas que entrega a MATILDE para que vuelva a guardarlas.)

CARLOS.- (Voz de; fuera.) Hay muchas formas de ganarse un despacho compartido a los cincuenta y siete años.

(PEDRO hace un movimiento brusco.)

CARLOS.- (Voz de; fuera.) Pero yo quiero uno para mí solo y ahora.

MATILDE.- Las cosas son como son, y no es posible cambiarlas, hijo.

(CARLOS recoge la maleta del suelo y la coloca sobre la mesa.)

CARLOS.- Pues cambio yo, y en paz. ¡Al diablo las cosas!

(CARLOS va cogiendo las cosas que PEDRO sacó y las va metiendo nuevamente.)

PEDRO.- ¿Y para esto me he estado matando yo? Para que pudieras ir primero a la escuela y después a la academia, ¿eh? He querido hacer de ti un hombre, tú lo sabes; me he privado de todo durante años para que estudiaras y ahora resulta que sales con esas.

(PEDRO entra en la alcoba. Portazo. Queda apoyado de espaldas a la puerta a la que CARLOS se acerca gritando.)

CARLOS.- Me preparabas, pero, ¿para qué? ¿Para agotarme en una carrera donde yo soy el caballo y otros ganan las apuestas? ¡No!

(CARLOS entra en la sala y sigue metiendo ropa en el maletín; abre un cajón de la cómoda y saca otros objetos; luego entra en el retrete de donde volverá con los útiles de afeitar.)

(Durante todos estos movimientos, MATILDE le va siguiendo intentando impedir su marcha con suplicas y gestos de cansancio, de desesperación, etc. Entretanto PEDRO, que ha entrado en la alcoba pero no ha encendido la luz, se sienta en la cama, se quita los zapatos y los calcetines y da cuerda al despertador: todo como si se dispusiera a acostarse.)

CARLOS.- Me dices: «me he esforzado en hacer de ti un hombre»; y de todo ello, ¿sabes lo único que va a servirme? **(Se da un golpe en la cara con la mano abierta.)** Esto y todo lo demás.

(PEDRO se acerca a la ventana, la abre; las voces y las canciones han cesado en la explanada; el resplandor de las hogueras ha desaparecido.)

CARLOS.- Nadie va a venir a encontrar mi inteligencia; es esto.

(Relámpagos, y truenos lejanos.)

CARLOS.- ...Lo único que puedo vender.

(Se inmoviliza de pronto: las manos sobre la ropa en la maleta; MATILDE entra en la alcoba.)

NORI.- (Voces fuera; cantando) «...Que llueva, que llueva...»

CARLOS.- Se enciende un reflector... y empiezo a cantar para las viejas que rodean la pista, las respetables viejas adineradas, junto a sus respetables maridos adinerados; me preparaba para esto sin saberlo. ¿Y sabes en qué academia?: en el viejo gimnasio de Pepe Sánchez el Cojo ¡Allí...! Ayer mismo estuve en el camerino de Paco Sánchez; es la figura del momento. Y ¿sabes lo que me dijo?: «Para triunfar hoy no es necesario tener inteligencia, ni honradez, ni todas esas historias; lo que se necesita es tener buenos riñones para apechugar con lo que venga».

(Entra MIGUEL corriendo, está calado; se acerca a la hoguera.)

MIGUEL.- ¡Maldita sea...!

CARLOS.- Y tenía a la puerta un coche así de seis metros, lo que prueba que es verdad. ¿No?

(PEDRO va a hablar; MATILDE le pone la mano sobre la boca.)

CLARA.- ¡Miguel...!

ARTURO.- Que vas a calarte, ¡vuelve...!

SEBIO.- ¡Vuelve, Miguel...!

PEDRO.- Es mi hijo, ¿No? Quiero que mañana sea un hombre como yo, que tenga un oficio, un empleo sólido, seguro; no quiero que sea ave de paso; sino que deje huella por donde pase.

CARLOS.- Y, ¿dónde está la tuya y la de todos los demás? El abuelo plantó ese árbol; es todo lo que queda de él; ¿y de vosotros dos? Dos nombres ilegibles a la altura de la primera rama y, ¿sabes cual será toda la huella que dejarán tus hijos? Otros nombres más abajo grabados a punta de navaja. Un día ese árbol caerá y toda la historia de la familia será un marco de ventana. **(Se va.)**

(Van entrando por la derecha todos los vecinos, unos traen paraguas, otros trozos de plástico sobre la cabeza. CLAUDIO ha entrado con ellos, quedan en semicírculo abierto en el centro, escuchando las voces, inmóviles y silenciosos.)

PEDRO.- ¿A dónde vas? ¡Imbécil! ¡Soñador! Un paso más y no volverás a pisar esta casa.

(CARLOS se inmoviliza. Se vuelve, mira a todos, inicia nuevamente la salida.)

PEDRO.- No vuelvas; nadie te espera ya en esta casa.

MATILDE.- ¡Carlos...!

(CARLOS se para nuevamente, MATILDE va hacia él.)

PEDRO.- ¡Tú no te muevas!

(MATILDE sigue avanzando hacia CARLOS; PEDRO la coge, MATILDE le mira y suavemente pero con firmeza, se suelta y va hacia CARLOS.)

PEDRO.- ¡Te he dicho que no te muevas!

(MATILDE se abraza a CARLOS.)

MATILDE.- Adiós, hijo; que tengas suerte.

(Le besa. CARLOS sale. PEDRO entra en la sala, duda, por fin entra en su alcoba y mira por la ventana. Todos miran hacia fuera. Se oye fuera, lejana, la voz de ALBERTO que llama.)

ALBERTO.- (Voz de; fuera.) ¡Carlos...! ¡Carlos...!

MANOLO.- Ya ha dejado de llover.

(Las canciones recomienzan fuera.)

ELVIRA.- ¡A encender de nuevo la hoguera!

(Se cierran los paraguas; van saliendo todos.)

ERNESTO.- ¡Vamos todos!

DARÍO.- (Voz de; fuera.) ¡Que suban las llamas hasta el cielo!

(CLARA cierra el paraguas; coge el de AMELIA, entra en la casa; los deja en la piedra de la cocina.)

(MATILDE entra en la sala; se sorprende de no ver a PEDRO; entra en la alcoba; cierra la puerta; avanza hacia PEDRO lentamente.)

SEBIO.- Hay ramas secas en el cobertizo.

**(MANOLO, SEBIO y TIAN corren hacia el cobertizo;
MIGUEL se sube al árbol.)**

AMELIA.- ¿Le ves aún?

MIGUEL.- Corre hacia el autobús; ahora le coge ¡Suerte...!

(AMELIA y CLAUDIO se miran en silencio.)

**(TIAN y SEBIO llegan con las ramas y encienden la
hoguera.)**

**(CLAUDIO se acerca a AMELIA que está en primer
término derecha mirando hacia el público; está nerviosa,
no sabe qué decisión tomar.)**

MIGUEL.- ¡Mirad el cielo!

(AMELIA alza los ojos al cielo.)

**(Las llamas se alzan; TIAN y SEBIO saltan sobre ellas;
lejos las voces de los mozos continúan cantando: «Al
subir...» etc. La explanada se ilumina nuevamente por el
resplandor de las hogueras.)**

AMELIA.- Han salido nuevamente las estrellas.

MIGUEL.- Desde aquí casi puedo tocarlas con las manos.

CLAUDIO.- Amelia...

**(De pronto se oye el ruido de una quima que se rompe:
MIGUEL cae al suelo; AMELIA lanza un grito y se refugia
en brazos de CLAUDIO.)**

(TIAN y SEBIO acuden donde MIGUEL.)

TIAN.- ¿Te has hecho daño?

MIGUEL.- No.

SEBIO.- Vamos, ¡álzate...!

**(MATILDE, al oír el grito de AMELIA, sale de la alcoba;
atraviesa la sala y sale al patio.)**

MATILDE.- Te lo he dicho, te lo he repetido millones de veces.

MIGUEL.- Pero si no ha sido nada.

TIAN.- ¿Puedes andar?

MIGUEL.- Sí.

**(MIGUEL señala hacia AMELIA que sigue refugiada en
los brazos de CLAUDIO; éste la abraza a su vez.)**

CLAUDIO.- Perdóname.

AMELIA.- Eres tú quien debe perdonarme.

MIGUEL.- ¡Bravo! ¡Bravo!

**(MIGUEL aplaude; todos le imitan; AMELIA y CLAUDIO
se miran sonrientes.)**

MIGUEL.- Hay que celebrar la llegada del tío Claudio y la reconciliación.

(MIGUEL hace un gesto de dolor; está a punto de caer, pero se repone rápidamente.)

MIGUEL.- Vamos; no pongáis esa cara, que no ha sido nada; de verdad ¡Alegría...! ¡Alegría...! ¡Alegría...!

(MIGUEL y SEBIO entran en la casa y cogen una botella y vasos; entretanto MATILDE se acerca a AMELIA y CLAUDIO y les abraza; TIAN salta sobre la hoguera.)

(Sale SEBIO con los vasos; MIGUEL sirve el vino en ellos.)

(Durante esta escenamuda las canciones fuera continúan.)

(MATILDE llama hacia la derecha.)

MATILDE.- Eh, Darío, Elvira, Ana, Ernesto, venid, y vosotros también...

(Van entrando; entre TIAN y SEBIO les dan vasos y AMELIA sirve.)

MIGUEL.- **(Brindemos.)** Por el tío Claudio, el hombre edificado sobre un sueño.

(Beben.)

(Exclamaciones de alegría.)

MIGUEL.- Y ahora todos conmigo. **(Cantando.)** «Al coger el trébole, ... el trébole...» etc.

(Todos se cogen de la mano y bailan dando vueltas alrededor de la hoguera.)

TODOS.- (Cantando.) «Al coger el trébole, la noche de San Juan...»

AMELIA.- (Voz de; fuera.) ¡Fuego!

RAFAEL.- ¡Venid todos!

JOSEFA.- (Voz de; fuera.) ¡Rafael!

MATEO.- (Voz de; fuera.) ¡Agua!

RAFAEL.- (Voz de; fuera.) Venid, ¡Venid todos!

ANSELMO.- (Voz de; fuera.) ¿Qué ocurre?

ALFREDO.- (Voz de; fuera.) ¡Fuegoooo...!

ELVIRA.- (Voz de; fuera.) ¡Traed todos los cubos!

AMELIA.- ¡Aguaaa...!

CLAUDIO.- Vamos todos a echar una mano.

(Todos inician la salida.)

MATILDE.- ¡Los cubos!

(Van saliendo todos llevando el agua en sendos cubos y vasijas; las voces fuera continúan; los cantos han cesado; PEDRO cruza la sala; MATILDE se interpone.)

MATILDE- ¿Dónde vas?; se han llevado ya todo el agua.

(PEDRO sale fuera de la casa; MATILDE le sigue.)

(Han salido ya todos por la derecha, PEDRO y MATILDE han pasado a la derecha; el horizonte se incendia vivísimamente, PEDRO mira hacia fuera como buscando algo en la noche llameante.)

MATILDE- No te preocupes, volverá.

(PEDRO se acerca al árbol y recoge del suelo la quima rota del árbol.)

PEDRO- ¿Qué ha sido esto?

MATILDE- Se ha desgajado una quima podrida.

(PEDRO parte la quima y arroja los trozos a la hoguera.)

MATILDE- Lo plantó mi padre.

(MATILDE se acerca al árbol.)

PEDRO- ¿Qué te ocurre?

MATILDE.- La quima rota, el fuego apagado... tengo miedo.

PEDRO.- No es la primera vez que se rompe una quima y ya sabes lo que son las nubes de verano.

MATILDE.- Pero en la noche de San Juan es mal presagio.

(PEDRO se sienta frente a la hoguera.)

MATILDE.- (Mirando al árbol.) Cada vez quedan menos ramas, un día lo veremos caer y entonces...

(MATILDE entra en la cocina.)

PEDRO.- ¡Matilde!

MATILDE.- Y se han ido sin cenar.

PEDRO.- Ven.

MATILDE.- Lo pondré en el horno; seguro que después que apaguen el fuego se irán a saltar otra vez sobre las hogueras y cuando vuelvan traerán hambre.

(PEDRO entra en la casa y pasa al dormitorio, a lo lejos recomienzan las canciones.)

(MATILDE entra en la sala; al ver que está vacía, entra en el dormitorio; PEDRO está tendido sobre la cama; por la ventana entra más intenso que nunca el resplandor rojizo causado por las hogueras. MATILDE abre la ventana; se oye cantar a lo lejos: «Al coger el trébole...» etc.)

(Toda la noche es ahora una gran hoguera, las voces y las canciones lo inundan todo como si el cielo y la tierra fueran una gran caja de resonancia.)

PEDRO.- (Sentado frente al fuego.) ¿Recuerdas? Todo como antes.

MATILDE.- Se van perdiendo estas costumbres y es lástima.

PEDRO.- Escucha. **(Tararea.)** «Al coger el trébole, el trébole...»

MATILDE.- Cuando nuestros abuelos ya se cantaba.

PEDRO.- Todo cambia.

MATILDE.- Pero una canción basta para volver allá.

MATILDE.- Y qué letras tan bonitas tienen todas: «al coger el trébole, el trébole el trébole...»

PEDRO.- ...el trébole...

MATILDE.- ...al coger...

LOS DOS.- (Y coro, fuera.) ...«el trébole, la noche de San Juan...»

(Entran corriendo por la derecha MIGUEL, TIAN y SEBIO. PEDRO se asoma a la ventana.)

PEDRO.- ¿Dónde vais?

TIAN.- Ha comenzado el concurso.

MIGUEL.- Toda la explanada es una gran hoguera.

PEDRO.- ¿Y la chabola?

SEBIO.- Se ha acabado el agua; es una tea más; no hay nada que hacer.

PEDRO.- ¿No han avisado a los bomberos?

MIGUEL.- Sí, pero cuando vengan, si es que vienen, ¿qué van a hacer cuando se termine el depósito del camión?

(Salen por la izquierda MIGUEL, TIAN y SEBIO llevando a rastras el carrito de la hoguera.)

(MATILDE se ha puesto el camisón y mira por la ventana.)

MATILDE.- ¿Pedro?

PEDRO.- ¿Qué?

(PEDRO entra en la sala, abre el cajón de la cómoda y saca el magnetófono que ha olvidado CARLOS; lo pone sobre la mesa.)

MATILDE.- Mira, mira las fogatas, saltan sobre ellas los mozos más valientes como tú saltabas entonces. Las muchachas desde los balcones y con las luces apagadas os mirábamos correr a lo lejos con las antorchas en alto; luego recorríais las calles y os quedabais cantando en grupo sentados junto a los portales hasta el amanecer; nosotras os escuchábamos desde la cama; y distinguíamos cada voz, reconocíamos la que era nuestra.

(En este momento PEDRO pulsa un botón del magnetófono y comienza a oírse la voz de CARLOS.)

(MATILDE se vuelve hacia la sala, se lleva las manos a la garganta.)

MATILDE. - ¡Ha vuelto! ¡Ha vuelto!

(Atraviesa la alcoba y abre la ventana: PEDRO coge el magnetófono y lo alza sobre la cabeza como para arrojarlo al suelo, MATILDE corre hacia él, sus manos se unen en lo alto, quedan un instante así, escuchando la voz de CARLOS que canta; al fin PEDRO cede; MATILDE coge el magnetófono; PEDRO pulsa un botón; la voz de CARLOS cesa; PEDRO entra en la alcoba, se pone el pantalón del pijama y se mete en la cama de cara a la pared; MATILDE guarda el magnetófono en la cómoda, entra en la alcoba y cierra la ventana.)

(Se destaca una voz en la noche.)

MATILDE. - Esa es tu voz, escucha: es aquella noche, en la que después de apagar las fogatas, te acercaste a mi ventana y tiraste una piedra contra el cristal y yo abrí fingiendo estar asustada, aunque sabía muy bien que eras tú: te había estado esperando. Ni siquiera me había acostado; y fue entonces cuando tu cabeza surgió en medio de la noche por el hueco de la ventana y dijiste...

(PEDRO se ha levantado; se acerca por detrás a MATILDE.)

PEDRO. - **(Sencillamente.)** Te quiero.

MATILDE. - No, no; dijiste: «¿Qué hay?» Y yo dije:

PEDRO. - **(Alzándola.)** Te quiero.

MATILDE. - No, no; dije: «¿Qué haces tú aquí, zángano? Venga, ya estás bajando de la ventana o grito» y entonces tú dijiste:

PEDRO. - **(Se besan.)** Te quiero.

MATILDE.- Ya no recuerdo lo que dijiste, yo cerré la ventana y me acosté; pero la mañana me cogió aún con los ojos abiertos.

PEDRO.- Te quiero.

MATILDE.- Yo también te quiero.

PEDRO.- ¡Ven!

MATILDE.- ¿A donde?

PEDRO.- Quiero salir.

MATILDE.- **(Ríe.)** ¿Crees que nos acordaremos?

PEDRO.- Aprenderemos juntos nuevamente.

(MATILDE se levanta, bailan.)

(Entran por la izquierda SEBIO y TIAN sujetando a MIGUEL; SEBIO trae en alto una antorcha.)

PEDRO.- ¿Sabes lo que haremos luego?, nos vestiremos e iremos a la explanada con todos los demás.

MATILDE.- Allí están nuestros hijos.

MIGUEL.- Dejadme, quiero entrar solo.

TIAN.- No debiste saltar la hoguera grande.

SEBIO.- Te lo advertí.

(SEBIO queda en el patio con la antorcha; MIGUEL y TIAN entran en la sala y procurando no hacer ruido.)

PEDRO.- Les diré: «eh, ahora voy yo»; y saltaré sobre las llamas más altas y más lejos que ninguno de ellos.

MATILDE.- Eres un loco.

SEBIO.- ¿Quieres que llame a un médico desde la taberna?

MIGUEL.- ¡Eres idiota! El susto que iba a llevarse mi madre.

TIAN.- Y si no puedes jugar el domingo, ¿qué vamos hacer?

PEDRO.- ¡Vístete! ¿Qué esperas?

(**MATILDE se sienta sofocada por el baile.**)

MATILDE.- Estoy muy cansada.

(**PEDRO se sienta a su lado.**)

PEDRO.- Es la falta de ejercicio; apenas salimos nunca.

(**MIGUEL y TIAN cruzan el pasillo y desaparecen en la habitación de MIGUEL.**)

MIGUEL.- (Voz de; dentro.) ¡Lárgate!

TIAN.- (Voz de; dentro.) Puede ser algo grave.

MIGUEL.- (Voz de; dentro.) ¡Lárgate!

(**TIAN sale del cuarto de MIGUEL, entra en la sala y sale al patio donde se junta a SEBIO; ambos cogen unas ramas y salen por la izquierda.**)

(**Se oye una canción de ronda en la parte final del estribillo... «que el perro de tu padre...» etc.; acompañamiento de guitarra y bandurrias.**)

VOCES.- (Cantando fuera.) ... «que el perro de tu padre sale a morderme, sí, que el perro de...» etc.

(MATILDE se acerca a la ventana.)

MATILDE.- Escucha: es la misma canción que tantas veces cantábamos nosotros cuando íbamos de romería, nada ha cambiado; bueno, nosotros. **(Sonríe coqueta.)** Yo apenas; tú tenías el pelo más oscuro. ¡Cómo me gustaba acariciarlo, allí bajo los árboles, oyendo el ruido de la gente, cada vez más lejano, como un mar; y luego las voces de nuestros amigos que jugaban persiguiéndose entre los setos!

MIGUEL.- ¡Padre!

MATILDE.- ¡Cuánto te quiero! Ellos no pueden ni sospecharlo. A nuestra edad no necesitamos grandes gestos, ni apenas palabras; tú estás en tu trabajo, y yo aquí; esperándote con los chicos y la casa; pero no estoy sola; tú estás conmigo.

(MIGUEL se apoya contra la mesa para no caer, un quejido inarticulado.)

MIGUEL.- ¡Ayudadme...!

(MIGUEL cae de bruces contra la mesa, las manos extendidas sobre el mantel, intentando agarrarse a algo.)

MATILDE.- A veces dicen que hablo sola: es que ellos no te ven, pero sí; hablo contigo y cuando llegas yo lo siento, siento que te acercas...

MIGUEL.- ¡Padre...!

MATILDE- ...Y cuando entras, me parece como si los techos se alzaran y todo fuera más grande y luminoso...

(Se oye acercarse la sirena y la campanilla de los bomberos; MIGUEL cae al suelo desvanecido, arrastrando el mantel; los platos caen rompiéndose con estrépito; el ruido de la sirena y la campanilla características del coche de bomberos aumenta; voces; hay en MATILDE y PEDRO un impulso hacia la sala; MATILDE se lleva las manos a la garganta; PEDRO la aparta y va a salir; pero antes de que traspase el umbral de la alcoba el telón ha caído ya.)

Acto II

Antes de levantarse el telón se oye música de guitarra acompañada a las de voces de DARÍO, ANA y Coro.

DARÍO.- (Voz de; fuera. Cantando.)

«El suelo se ha dorado
alrededor de cada árbol...»

ANA.- (Voz de; fuera. Cantando.)

«Alzan hacia la noche suplicante
Las ramas sus desnudos brazos...»

(Se levanta el telón: han pasado tres meses desde el acto anterior. Las ramas del árbol están desnudas. EL suelo está cubierto de hojas amarillas, algunas caen del árbol, de vez en vez, durante la representación. En la base del tronco del árbol hay señales de hachazos. La casa está muy limpia, y ciertos pequeños detalles -una cortina nueva, el paño blanco cruzado sobre la mesa, sobre la que se ha colocado un tiesto nuevo, etc.- y sobre todo, el orden en todo no habitual a estas horas de la noche, el nerviosismo de MATILDE, su ir de acá para allá enderezando un cuadro, situando mejor una fotografía, colocando esta silla, alisándose el vestido, retocándose maquinalmente el peinado, etc.; anunciarán al espectador que se espera la llegada de alguien. Una llegada al mismo tiempo temida y esperada. En escena, MATILDE, que lleva puesto su vestido nuevo y TERE, que está al pie del árbol. Se supone, aunque no se le ve, que LUCAS está subido a él.)

TERE.- No, no le dejes caer; bájale.

(LUCAS baja del árbol con el nido; se lo da a TERE.)

TERE.- Se ha estropeado; cada año está más feo; yo no hago más que arreglarle, pero los pajaritos son cada vez más destrozones; ponlo otra vez en su sitio, ya lo arreglaré otro día; hasta la primavera queda aún mucho tiempo.

CORO.- (Voces del; fuera. Cantando.)

«Nada ha pasado. Nada

De toda nuestra vida hagamos

una eterna noche de San Juan...»

(TERE entrega el nido a LUCAS, que comienza a subir al árbol. TERE entra en la casa.)

TERE- ¿Por qué te has puesto el vestido nuevo? ¿Vas a salir?

(MATILDE **ve a LUCAS subiendo al árbol; sale al patio gritando como una energúmena.**)

MATILDE- (A **gritos.**) ¡Bájate de ahí ahora mismo! Trae aquí esa porquería. (**Le coge el nido de las manos.**) ¡Y vete a tu casa! ¡Largo...! No quiero verte más por aquí. (**Da un empujón a LUCAS.**) ¡Andando...!

(LUCAS **inicia la salida por la derecha.**)

(MATILDE **rompe el nido con gestos rápidos, nerviosos.**)

TERE- ¡No! Dámelo, aún puedo arreglarlo.

(MATILDE **entra en la cocina.**)

TERE- ¿Qué vas a hacer?

MATILDE- Tirarlo a la lumbre.

(MATILDE **abre la lumbre.**)

TERE- ¡No!

(TERE **se agarra al vestido de MATILDE.**)

MATILDE- ¡Déjame en paz!

(MATILDE da una bofetada a TERE; ésta llora;
MATILDE le tira el nido a las llamas.)

TERE- ¿A dónde van a ir el año que viene los pajarines? Ya no tienen casa.

MATILDE- No habrá más pájaros en ese árbol.

TERE- ¿Por qué?

MATILDE- A dormir.

(TERE mira a MATILDE y va retrocediendo de espaldas hasta salir al patio; MATILDE se da cuenta de esa mirada; sale también.)

MATILDE- (Dulcemente.) ¿Por qué me miras así?

TERE- Me das miedo.

(MATILDE quiere acercarse a TERE; LUCAS se interpone como queriendo protegerla.)

MATILDE- Pero pequeña...

(TERE sale corriendo por la derecha, MATILDE se tapa la cara con las manos; LUCAS se acerca a ella, tira suavemente de su brazo.)

DARÍO.- (Voz de, fuera. Cantando.)

«Es preciso recobrarlo todo;

nuevamente: renazca

a esperanza; retengamos
el tiempo...»

(MATILDE coge al niño del pelo y alza la mano como para abofetearle; LUCAS se refugia en ella; MATILDE le abraza convulsa.)

MATILDE.- Perdóname. **(Sollozando.)** No sé lo que hago; busca a Tere y tráela.

(Le besa en la frente; LUCAS sale corriendo.)

CORO.- **(Voces de; fuera. Cantando)**

«Nada ha pasado: ¡Nada...!
De nuestras vidas hagamos
una eterna noche de San Juan
sólo es preciso quererlo: Hagámoslo!».

(Entra PEDRO por la derecha: viene vestido con su mejor traje; al llegar al patio se quita la chaqueta y golpea el árbol con el hacha. MATILDE llega junto a él.)

MATILDE.- ¿Por qué?

PEDRO.- No quiero que lo vea aquí cuando vuelva.

MATILDE.- ¿Crees que eso cambiaría las cosas?

(PEDRO golpea nuevamente el árbol con más fuerza.)

MATILDE.- No te esfuerces; ya lo cortarán mañana.

PEDRO.- Mañana, mañana; tres meses oyendo lo mismo. ¿Y quién va a cortarlo? Ya no quedan más hombres que yo en esta casa.

MATILDE.- Claudio te ayudará.

PEDRO.- Me gustaría saber qué pinta aún aquí; es un pájaro de mal agüero: a donde quiera que va, lleva la desgracia.

PEDRO.- ¿Estás ya lista?

MATILDE.- Sí.

PEDRO.- ¿Y Tere?

(MATILDE se acerca a la derecha y vocea.)

MATILDE.- ¡Tereee...!

PEDRO.- Es mejor que la niña no le vea llegar.

(MATILDE y PEDRO entran en la sala.)

PEDRO.- ¿Se ha levantado ya ése?

MATILDE.- Cómo eres: ha velado a Miguel casi todas las noches durante estos tres meses; ni tú mismo lo hubieras hecho mejor.

(CLAUDIO aparece al fondo del pasillo; trae puesta la chaqueta de pijama y viene desperezándose; al entrar en la sala y ver a PEDRO cambia de actitud.)

CLAUDIO.- Buenas noches.

PEDRO.- Buenas.

CLAUDIO.- Tengo los huesos molidos.

PEDRO.- No sabía que hubieras dormido toda tu vida en colchón de plumas.

(PEDRO ha dejado el tabaco sobre la mesa. CLAUDIO va a cogerlo, pero PEDRO pone la mano encima y le aparta.)

CLAUDIO.- ¿Ni siquiera un cigarrillo?

PEDRO.- Llevas tres meses fumando de mi tabaco; me parece que he aguantado bastante.

(CLAUDIO se mete las manos en los bolsillos y saca las vueltas vacías.)

PEDRO.- Trabaja.

MATILDE.- Ha estado buscando, pero a su edad...

PEDRO.- Toda la vida se ha pasado buscando...

MATILDE.- ¡Pedro...!

CLAUDIO.- Veo que hay tormenta.

(CLAUDIO sale por el pasillo y entra en su cuarto.)

PEDRO.- Como si no le conociéramos.

(Entran por la izquierda NORI, FITOS, LOLO y JUANITO; los dos últimos, montados sobre los hombros de los dos primeros, a los que sujetan con cuerdas como si fueran caballos.)

(LOLO y JUANITO luchan con dos largas teas encendidas que entrecruzan en el aire a modo de espadas.)

ANA.- (Voz de; afuera. Cantando.)

«Saltan sobre las llamas
los niños, las mozas, los ancianos,
y en círculo las mozas tejen
otra vez sus danzas y sus cantos...»

(PEDRO entra en la alcoba; MATILDE entra en la cocina y luego en la sala; deja un plato sobre la mesa; entra en el pasillo y llama a la puerta de CLAUDIO.)

MATILDE.- ¡Claudio...!

(CLAUDIO abre la puerta apenas y se asoma al pasillo.)

MATILDE.- Te he preparado esto; apenas comiste nada. Nosotros cenaremos después.

CLAUDIO.- ¿Y la fiera?

(MATILDE se lleva los dedos a los labios y señala hacia la alcoba; CLAUDIO se sienta; MATILDE le mete en el bolsillo tres o cuatro cigarros; CLAUDIO hace gestos de que le dé dinero.)

MATILDE.- ¿Otra vez?

(MATILDE saca la cartera y le da un billete.)

MATILDE.- Que no se entere Pedro, ¿eh?

CLAUDIO.- (Agitando el billete.) ¿Sólo esto...?

(MATILDE hace un gesto de desesperación, deja la cartera sobre la mesa y entra en la alcoba; CLAUDIO continúa cenando en la sala.)

(Los cuatro niños salen de escena, siempre jugando.)

MATILDE.- ¿Cómo encontraste a Miguel?

PEDRO.- Más tranquilo.

MATILDE.- ¿A qué hora le traen?

PEDRO.- Entre el metro y el autobús hace ya casi una hora que salieron de allí; la ambulancia no tardará en llegar.

MATILDE.- ¿Y Amelia?

PEDRO.- Se quedó con él.

MATILDE.- ¿Por qué no has esperado tú también para venir juntos?

PEDRO.- Quería estar contigo.

MATILDE.- Desde hace tres meses estoy esperando este momento y ahora que ya está aquí quisiera que no llegara nunca.

(PEDRO le coge la cabeza entre las manos.)

PEDRO.- Mírame: recuerda.

MATILDE.- Sí, que él no sabe aún lo peor.

PEDRO.- Y no debe saberlo; debemos ocultárselo hasta el último momento; todo cuanto sea posible.

MATILDE.- Y... ¿cuándo será?

PEDRO.- No te tortures.

MATILDE.- ¡Necesito saberlo!

PEDRO.- Seis meses, un año, quizá; no puede saberse.

(PEDRO anda por la alcoba mirándolo todo como si lo viera por primera vez; se tumba en la cama; MATILDE se sienta a su lado.)

MATILDE.- ¿No te ha preguntado por qué no he ido a verle estos días?

PEDRO.- No dice nada.

MATILDE.- No podía resistirlo, verle allí tendido, mirándome.

PEDRO.- ¿Qué se ha hecho de tantas promesas?

MATILDE.- ¿Eh?

PEDRO.- Cuando te prometí que algún día saldríamos de aquí.

MATILDE.- Yo amo todo esto; he nacido aquí; no me sentiría bien en otro sitio.

PEDRO.- No necesitas mentirme a mí también.

MATILDE.- ¿Tan mal estamos? Yo te quiero tal como eres.

PEDRO.- Si mi padre levantara la cabeza y viera cómo estoy aún aquí, que no he podido dar un solo paso hacia...

MATILDE.- ¿Hacia dónde?

PEDRO.- ¿Es que no te das cuenta? Estoy, estamos, en el mismo punto de partida.

MATILDE.- Te quiero.

PEDRO.- Tantos años de esfuerzo, tantos sueños, y no llegar a nada...

(CLAUDIO se levanta y escucha en la puerta de la alcoba; se oye fuera el coro de unos niños que cantan.)

CORO DE NIÑOS.- **(Cantando, fuera.)**

«Aserrín, aserrán
las maderas de San Juan
el carpintero en la popa
aserrando el barco está...» etc.

MATILDE.- Para mí lo eres todo.

PEDRO.- Pero ¿qué soy? Un fracasado; eso soy.

MATILDE.- ¡Calla...!

PEDRO.- Sí, un fracasado; como Claudio y todos los demás; sólo que yo me aferro, intento justificarme diciendo que «esto es lo mío y que nunca he pretendido otra cosa»; y lo peor es que les he arrastrado a ellos; he impedido sus sueños porque temía que un día se encontraran como yo, en el mismo punto de partida, y eso les desesperara; pero ¿y si ellos lo hubieran conseguido? ¡Por eso Carlos no vuelve! Y Miguel calla; me desprecian, y tienen razón.

(Entran TIAN y SEBIO por la izquierda.)

TIAN.- (Llamando.) ¡Señora Matilde...!

SEBIO.- Yo tengo miedo de que no les parezca bien.

(MATILDE entra en la sala y se asoma a la puerta de la cocina.)

MATILDE.- Pasad, hijos, pasad.

TIAN.- Hola.

SEBIO.- Buenas noches.

(PEDRO se asoma a la puerta.)

PEDRO.- Miguel me ha preguntado por vosotros; me ha dado recuerdos para todos; decídselo a los demás, ¿eh?

SEBIO.- Descuide.

TIAN.- ¿Es cierto que le traen ahora?

MATILDE.- Sí.

TIAN.- La otra tarde hicimos una colecta después del partido, y le hemos comprado un regalo.

(MATILDE se asoma a la alcoba.)

MATILDE.- ¿Has oído?

(Entra en la sala, PEDRO detrás.)

PEDRO.- ¿Qué es?

SEBIO.- Queríamos darle una sorpresa.

(TIAN sale al patio; llama hacia la izquierda.)

TIAN.- ¡Eh, chicos! ¡Traedlo ya...!

(Entran MARCELO y ALBERTO con una gran caja que dejan en el suelo. MATILDE y PEDRO han salido al patio. Se oyen fuera, a la izquierda, voces lejanas que gritan.)

VOCES.- **(Fuera.)** ¡Gool...!

MATILDE.- ¿Qué es eso?

(Los muchachos miran.)

ALBERTO.- Están jugando la final del campeonato de barrio.

MATILDE.- Pero, ¿en el gran estadium?

MARCELO.- Sí, sí.

ALBERTO.- Era el sueño de Miguel.

TIAN.- Es estupendo, ¿verdad?

SEBIO.- Está abarrotado.

MARCELO.- Hasta de la ciudad ha venido gente.

(Grandes voces y aplausos fuera.)

TIAN.- (A MARCELO.) Vete corriendo a ver quién ha metido el gol.

(Sale MARCELO.)

ALBERTO.- Es formidable: Arturo y Manolo y todos los demás corriendo bajo los reflectores.

PEDRO.- ¿Creéis que ganaréis?

SEBIO.- Cuando vinimos, estaban aún a cero.

TIAN.- Con Miguel hubiéramos ganado, seguro; así es más difícil, pero los muchachos están haciendo todo lo posible.

PEDRO.- (A MATILDE) ¿Con... Miguel?

MATILDE.- Ahora no importa ya que lo sepas. Jugaban a escondidas.

PEDRO.- ¿Y qué tal lo hacía? ¿Creéis vosotros que hubiera conseguido llegar a...? ¡No!, no digáis nada.

(TIAN, SEBIO y ALBERTO comienzan a abrir la caja.)

MATILDE.- Pero ¿qué es?

(Abren el paquete: es una silla de ruedas.)

(Al verla, MATILDE se lleva las manos al cuello y se vuelve de espaldas; PEDRO la abraza; los muchachos no saben qué hacer; hay un instante de tensión, voces y gritos fuera, más fuertes.)

VOCES.- (Fuera.) ¡Gool...!

TIAN.- ¿Hemos hecho algo que...?

SEBIO.- Claudio nos dijo que no podía andar.

PEDRO.- Es cierto: ya no andará bien nunca; pero llevaos eso de ahí; no quiero que Miguel lo vea; al menos por esta noche. (A MATILDE.) Vamos; la ambulancia llegará de un momento a otro.

(MATILDE y PEDRO **inician la salida por primer término derecha.**)

PEDRO.- (Volviéndose.) Gracias en su nombre.

(MATILDE y PEDRO **salen.**)

SEBIO.- Me parece que hemos metido la pata.

(**Entra MARCELO corriendo por la izquierda.**)

MARCELO.- Dos a cero vamos ganando.

ALBERTO.- Y ¿qué hacemos con esto?

TIAN.- Lo dejamos ahí tapado.

SEBIO.- Después de todo, a quien tiene que gustarle o no es a Miguel.

(**Tapan la caja y la arrastran hacia la tejavana; entretanto, CLAUDIO ha entrado en la sala, vestido tal como llegó; anda con cuidado para no hacer ruido; trae el maletín que deja sobre la mesa.**)

(Se oye por la derecha el ruido de una moto.)

ALBERTO.- Eh, chicos, ¡mirad quién viene por ahí...!

SEBIO.- **(Saliendo.)** La primera vuelta para mí.

TIAN.- **(Saliendo.)** Y yo, la segunda.

**(Entran CLARA y ROBERTO montados en la moto.
CLARA desciende; mira hacia la derecha preocupada.)**

ROBERTO.- Se están destrozando las ballestas; estos cien metros desde la carretera parecen un camino de cabras. **(Mira hacia fuera.)** ¿Qué les pasa a tus padres? Ni siquiera han contestado a nuestro saludo.

(CLARA se acerca al árbol, lo mira.)

TIAN.- ¿Nos la dejas llevar?

(CLAUDIO sale por el pasillo y entra en su cuarto.)

ROBERTO.- No.

ALBERTO.- ¡Pero si es hasta ahí!

(TIAN y SEBIO se apoderan de la moto.)

ROBERTO.- A ver si la vais a escacharrar; el otro día me habéis abollado una aleta.

(CLARA entra en la sala; al dejar el bolso sobre la mesa ve el maletín; gesto de alegría; cree que ha regresado CARLOS.)

CLARA.- ¡Carlos!

(CLARA se asoma al pasillo por el que ve venir a CLAUDIO.)

(CLAUDIO mete la ropa en el maletín; CLARA se sienta a su lado.)

CLARA.- Creía que era Carlos que había regresado.

VOCES.- (Fuera.) ¡Gool...!

(MARCELO da saltos de alegría.)

MARCELO.- ¡Bravo...! (Se va.)

(CLAUDIO se acerca a CLARA y la coge por la barbilla.)

CLAUDIO.- Mírame. ¿Que tal va ese ánimo?

CLARA.- Bien.

CLAUDIO.- ¿Y Roberto?

CLARA.- Ahí fuera.

CLAUDIO.- ¿Todo va bien?

(Gesto afirmativo de CLARA.)

CLAUDIO.- (Recalcando.) ¿Todo?

CLARA.- ¿Qué es... todo?

CLAUDIO.- Amelia me lo ha contado.

CLARA.- ¿Qué puede saber ella?

(Sale MARCELO corriendo.)

CLAUDIO.- Amelia lo sabe siempre todo.

(CLARA se refugia en brazos de CLAUDIO, que le palmea cariñosamente la espalda.)

CLAUDIO.- Es la única que se preocupa por los demás; lo ha heredado de su madre. Elena era también así; parecía que nunca tenía problemas; sus problemas eran los de los otros; no supo que estaba tan gravemente enferma hasta el último momento, y aun entonces, lo único que lo preocupaba era qué iba a ser de mí y de Amelia; y yo me divertía con otras; la vida de un viajante de comercio se presta a eso; ella nunca lo supo, pero Amelia sí; es eso lo que no puede perdonarme; no lo que todos creéis; el que volviera a casarme, no; ella y yo lo sabemos. Ahora he tenido mi castigo.

(Se oyen fueran a la derecha las voces de NORI, FITOS, JUANITO y LOLO.)

NORI.- (Voz de; fuera.) ¡Gallina...!

FITOS.- (Voz de; fuera.) ¡Ven acá...!

JUANITO.- (Voz de; fuera.) ¡Cobarde...!

(Entran por la derecha TERE y LUCAS; vienen corriendo cogidos de la mano y mirando hacia atrás.)

LOLO.- (Voz de; fuera.) ¡Vamos a por él...!

(TERE se refugia en los brazos de ROBERTO.)

TERE.- Mira esos...

ROBERTO.- ¿Qué ocurre?

TERE.- Quieren pegarnos.

(NORI, FITOS y JUANITO entran corriendo por la derecha y se sitúan en círculo en torno a LUCAS; los cuatro hacen muecas y gestos nerviosos, imitando el lenguaje de LUCAS.)

ROBERTO.- ¡Venga! Ya estáis largándoos los cuatro con viento fresco.

(TERE entra en la casa.)

CLARA.- ¿Aún estás tú levantada?

TERE.- (Sollozando.) Me han pegado.

CLAUDIO.- Es mejor que la duermas antes de que vuelva Miguel; yo hablaré con Roberto, entretanto.

(LUCAS retrocede de espaldas hacia el patio; los cuatro niños detrás.)

(CLARA coge a TERE de la mano y entra con ella por el pasillo; CLAUDIO fuera de la casa.)

TERE- ¡Que entre también Lucas!

(CLAUDIO se acerca a ROBERTO.)

CLAUDIO- ¿Qué hay, muchacho?

TERE- (Voz de; dentro.) Van a pegarle.

ROBERTO- Nada, como siempre. (Le ofrece tabaco.)
¿Quiere?

(LUCAS sale corriendo por la derecha; los cuatro niños detrás; CLAUDIO da fuego a ROBERTO. Se oye dentro el llanto de TERE.)

CLAUDIO- Sí, aquí estamos todos un poco nerviosos con la vuelta de Miguel. Y tú ¿qué? No parece que tienes buena cara, tampoco.

ROBERTO- Me duele la cabeza.

CLAUDIO- Cuando se va acercando el día de ir a la iglesia, ya se sabe; a todos nos ha pasado.

(ROBERTO le mira, CLAUDIO le sostiene la mirada.
Sonríe.)

ROBERTO.- ¿Lo sabe?

CLAUDIO.- Sí; y háblame de ti; después de todo, somos ya de la familia, ¿no?

ROBERTO.- Siento como algo que me aprieta, que me ahoga.

CLAUDIO.- Pues aflójate el nudo de la corbata.

(CLAUDIO ríe su propio chiste, ya que ROBERTO está en mangas de camisa y naturalmente, no lleva corbata.)

(Por la derecha se oyen voces que cantan: «Al coger el trébole», etc. Resplandor de hoguera.)

ROBERTO.- ¿Otra vez las hogueras?

CLAUDIO.- En muchas partes se festeja dos veces la noche de San Juan, una el veinticuatro de junio y otra a la caída de la hoja; se apilan y arden nuevamente las hogueras. Es una costumbre antigua y tan de todas partes que no se sabe dónde tuvo nacimiento; más tarde, el día de San Andrés, antes de acabarse el año, vuelven a encenderse por tercera vez. **(Pausa.)** ¿Cómo conociste a Clara?

ROBERTO.- El supermercado donde está de cajera está al lado del taller donde trabajo.

CLAUDIO.- Y ¿qué?

ROBERTO.- Qué ¿de qué?

(Este juego de expresiones debe producir un efecto cómico en el que CLAUDIO y el público son cómplices; ROBERTO está tan dentro de su problema que no se da cuenta realmente de a qué pueda referirse CLAUDIO.)

CLAUDIO.- (Riendo.) ¿Que para cuándo?

ROBERTO.- Para cuándo, ¿qué?

CLAUDIO.- (Continúa riendo.) Pues la boda, ¿qué va a ser?

(ROBERTO se encoge de hombros y hace un gesto impreciso, como si cayera de las nubes.)

ROBERTO.- ¡Ah, eso!

CLAUDIO.- (Serio.) No será que la estabas entreteniéndome simplemente; que nunca pensaste en casarte con ella y ahora...

ROBERTO.- No.

CLAUDIO.- ¡Ah...!

(CLAUDIO entra en la sala, coge una botella y dos vasos.)

ROBERTO.- No es eso; pero me parecía algo tan lejano, como si nunca fuera a suceder realmente.

(CLARA sale del cuarto, atraviesa el pasillo.)

CLAUDIO.- Pero lo hecho, hecho está; y eso no espera; ya me entiendes, ¿no?

(CLARA entra en la sala y mira a CLAUDIO.)

ROBERTO.- Sí.

**(CLAUDIO hace un gesto a CLARA, como diciendo:
«Entra en tu cuarto y déjame a mí, verás como yo lo
arreglo todo».)**

CLAUDIO.- Además, antes o después, la boda llegaría, ¿no?
A todos nos ha ocurrido. ¿Es que hay algo más?

ROBERTO.- Corren rumores de que van a cerrar el taller
donde trabajo, y si me plantan en la calle, ¿qué hago yo?

(CLAUDIO mira a CLARA; ésta afirma; CLARA sale.)

ROBERTO.- Así que entre lo uno y lo otro, estoy que no me
cabe la camisa en el cuerpo.

CLAUDIO.- Bueno, pues no te la pongas.

**(CLAUDIO ríe; le da un vaso a ROBERTO. Mientras le
sirve, entra LUCAS corriendo por la izquierda. Mira
hacia atrás y se esconde detrás del árbol.)**

CLAUDIO.- Escucha, muchacho: tienes un problema; pues
bien, mira estas casas; todas están llenas de problemas; de estos
o de otros. A veces problemas, sí, vagos, en el aire, inconcretos;
pero cuando te tienes que levantar a las seis de la mañana y aún
no has pegado el ojo porque los críos lloran y patalean, y tú te
sulfuras y la mujer encima te da voces: «¿Qué quieres que haga
yo?», «a ti te quisiera ver yo peleando con ellos todo el día...»;
y tú te desesperas, y gritas, y piensas que estás metido en un
infierno. Y todo ¿por qué? Total, que el mayor se ha caído y al
pequeño le están saliendo los dientes; total, nadie tiene la culpa
de nada; pero allí estás tú, con la cabeza hecha un bombo.

ROBERTO.- ¡Vaya cuadro...!

CLAUDIO.- Y así un año, y otro, y otro...

ROBERTO.- No, si usted, puesto a animarme, no tiene precio.

(CLAUDIO mira hacia la izquierda, habla como si estuviera absorto en otra cosa.)

CLAUDIO.- Y luego, ¿para qué?

ROBERTO.- Eso digo yo, porque si de novios ya... ¿eh?

CLAUDIO.- Hay, sin embargo, otros días en que todo es tan distinto; aunque no hay a razón aparente para ello; las cosas siguen siendo las mismas, pero algo flota, ¡algo...! Te levantas, abres las ventanas, te lavas cantando, tienes ganas de trabajar, te vistes, besas a los niños que duermen, das un beso a la mujer, y otro, y otro; y no te quisieras marchar nunca; y luego, cuando sales camino del trabajo, las sirenas de las fábricas te parecen campanas que tocan a gloria; y las calles son otras, más grandes, más largas, más limpias; y el cielo... ¡Le ves! ¿Comprendes? Levantas los ojos y le ves; y te das cuenta de que hacía mucho que no le habías mirado.

VOCES.- (Fuera.) ¡Gool...!

CLAUDIO.- ¿Inquieto aún?

ROBERTO.- Un poco.

CLAUDIO.- Ser hombre es sentir esa inquietud, ese miedo. Hacerse hombre no es ir y venir con mujeres; es este doloroso placer que se va haciendo cada vez más profundo, doloroso y agradable a la vez; éste que tú está empezando a sentir.

(CLAUDIO está dando los últimos toques a la maleta.)

ROBERTO.- De todos modos, gracias.

CLAUDIO.- ¿Por qué?

(CLAUDIO cruza el pasillo y descuelga la chaqueta del perchero.)

ROBERTO.- Ésta es la conversación que hubiera querido tener con mi padre alguna vez: él va y viene, pero no hay nada que nos una; le quiero, sí; y sé que él me quiere; pero no sé cómo explicarlo. Estamos distantes; cada vez más. Y, de pronto, siento como si esta conversación me acercara a él.

CLAUDIO.- Nos ha ocurrido a todos.

(Se oyen a lo lejos, por la derecha, risas y canciones.)

TERE.- (Voz de; dentro.) ¡Clara...!

(Entra TERE por el pasillo; viene en camisón.)

TERE.- Tengo miedo.

ELVIRA.- (Voz de; fuera.) ¡Carlos...!

(CLARA, al oír este nombre, mira con ansia por la ventana.)

ELVIRA.- (Voz de; fuera.) ¡Carlos...!

(TERE entra en la alcoba de los padres, se abraza a CLARA.)

TERE.- (Lloriqueando.) He tenido un sueño muy feo...

ELVIRA.- (Voz de; fuera.) Carlitos, ven.

CARLITOS.- (Voz de; fuera.) ¡No!

(Gesto de desconsuelo de CLARA.)

(CLAUDIO y ROBERTO recogen las castañas esparcidas por el suelo; comen mientras hablan.)

(CLARA coge a TERE de las manos.)

CLARA.- ¡Vamos!

TERE.- No quiero dormir.

CLARA.- Te cantaré una canción muy bonita.

TERE.- ¿Cuál?

(Se oyen, lejanas, las voces de los mozos cantando.)

VOCES.-

«Que yo no quiero eso
carambamba
que yo quiero otra cosa
carambamba
que yo quiero un besito
¡Ay!, de tu linda boca...»

ROBERTO.- Por primera vez siento que la vida tiene un sentido; bueno, que todo tiene un sentido; que las cosas no van y vienen, y nosotros detrás de ellas, sino que suceden por algo; nunca se me había ocurrido mirarlas así. Todo es lo mismo aparentemente, pero algo ha cambiado; tiene como luz, eso es todo.

CLAUDIO.- Eres tú, que has encendido las bombillas, simplemente.

CLARA.- (Voz de; dentro. Cantando.) «¿Qué nos darán?».

ROBERTO.- Bueno, no es miedo exactamente; es una tontería, pero me encuentro muy cansado.

TERE.- (Voz de; dentro. Cantando.) «¿Qué nos darán?».

CLAUDIO.- Es natural; las preocupaciones toman a veces forma de cuerdas que nos atan de pies y manos; y el esfuerzo de soltarnos nos agota. No se puede pedir a un ser humano más de lo que puede dar.

(ROBERTO se levanta y va hacia el patio.)

CLARA.- (Voz de; dentro.) ¿Qué?

ROBERTO.- (A CLAUDIO.) Nunca podré agradecerte bastante...

CLAUDIO.- Espera aún...

CLAUDIO.- No creas que todo es tan sencillo; debes prepararte para lo que vendrá; los días grises, el mal humor, el aburrimiento. Recuerdo que...

CLARA.- (Voz de; dentro. Recitando.) «Cuatro esquinitas...»

CLAUDIO.- ... que poco antes de que muriese, una noche, mirándola mientras ella se desnudaba, me pregunté: ¿Es ésta la misma muchacha que yo llevaba hace años cogida del brazo...?

TERE.- (Voz de; dentro. Recitando.) «Tiene mi cama...»

CLAUDIO.- ... que apretaba temblando en los bailes; su aliento, el olor de su pelo, aquella forma de andar y de pasarme la mano por la nuca, y de reír, y de mirarme al fondo de los ojos. ¿Dónde está?, ¿dónde?

CLARA.- (Voz de; dentro. Recitando.) «Y cuatro angelitos...».

CLAUDIO.- Porque ya no había nada de aquello y, sin embargo, era también maravilloso, aquellos momentos de ternura más íntima, sin palabras, quizá un poco cansada, pero profunda, que no te agita sino que te ablanda y te entristece, pero en cuyo fondo reposa una extraña alegría...

TERE.- (Voz de; dentro. Recitando.) «Que me la guardan...»

(ROBERTO entra en la casa.)

ROBERTO.- ¡Clara...!

(CLARA entra en la sala.)

CLARA.- ¡Pss! Vas a despertarla.

ROBERTO.- Puedes fijar la fecha de la boda.

CLARA.- Y... ¿me lo dices así?

(Se abrazan. Se oye fuera el silbido de un cohete y petardos.)

(TIAN, SEBIO y MARCELO entran en grupo, dando saltos de alegría.)

TIAN.- ¡Eh! ¿A qué tanto alboroto?

SEBIO.- Ha terminado el primer tiempo.

MARCELO.- Y vamos ganando.

TIAN.- ¡Tres a cero! ¡Tres a cero...!

MARCELO.- No hay quien nos quite la victoria.

SEBIO.- ¿Y Miguel?

ROBERTO.- Voy a decirlo en mi casa.

CLARA.- Espera. **(Se besan.)** Te quiero. **(Se abrazan.)** Te quiero más que nunca.

(ROBERTO sale al patio.)

DARÍO.- **(Voz de; fuera. Cantando.)** «San Juan del dedo...»

CORO.- **(Voces de; fuera. Cantando.)** «San Pedro y señor Juan...»

TIAN.- **(A ROBERTO.)** Ahí te hemos dejado la moto; sin un rasguño, ¿eh?

(CLARA sale al patio. CLAUDIO, que está en primer término derecha, le hace un gesto.)

CLAUDIO.- ¿Ya?

CLARA.- Ya.

CLAUDIO.- ¡Eh! ¡Silencio...!

(Todos callan.)

DARÍO.- **(Voz de; fuera. Cantando.)** «San Juan regaba...»

CLAUDIO.- Hay que brindar por el nuevo matrimonio.

(CLAUDIO señala a CLARA y ROBERTO, que están en el centro de la escena cogidos del brazo.)

CLAUDIO.- Os presento a los suicidas.

CORO.- (Voces de; fuera. Cantando.) «La era del triqui-triqui-trá...».

(Abrazos y felicitaciones *ad libitum*.)

(Sacan los potes de barro y sirven el vino caliente.)

(CLAUDIO se dirige hacia las voces que cantan fuera del escenario, a la derecha, y sirve el vino caliente.)

CLAUDIO.- ¡Eh! ¡Venid vosotros también...!

(Entran por la derecha DARÍO, ELVIRA, DANIEL, ANA, MATEO y ALFREDO.)

(Comentarios y felicitaciones *ad libitum*. Algunas parejas bailan alrededor de la hoguera, otras baten palmas y cantan.)

CORO.- (Cantando.)

«Desde Córdoba a Sevilla
han formado una pared;
en la pared hay una vía,

por la vía pasa el tren, tren, ¡tren...!>.

CLAUDIO.- ¡Todo listo! ¡Silencio...!

(Todos callan y se inmovilizan.)

(CLAUDIO alza en alto su vaso.)

(Se oye fuera el frenazo de un coche y el ruido de portezuelas.)

CLAUDIO.- ¡Por la nueva vida que...!

(En la casa se abre la puerta del fondo del pasillo que comunica con el portal y aparece MIGUEL, que anda apoyado en dos muletas.)

CLAUDIO.- ...Que... **(Se rasca la cabeza.)** Que...

ANA.- ¡Que vivan los novios y el cura que los va a casar...!

(Risas y voces de alegría, beben; TIAN sale corriendo por la izquierda.)

(Detrás de MIGUEL han entrado PEDRO, MATILDE y AMELIA; PEDRO hace un movimiento de salida hacia el patio, pero MIGUEL se lo impide con un gesto; están ya todos en la sala; AMELIA se vuelve y sale corriendo por la puerta del fondo hacia la calle.)

CLAUDIO.- ¡Un momento...!

(Todos callan; MIGUEL entra en la cocina y sale al patio; AMELIA entra por la derecha y da el aviso; la noticia corre sin palabras, tan sólo un cuchicheo en silencio que va abriéndose hacia MIGUEL.)

CLAUDIO.- ¡Por la nueva vida de...!

MIGUEL.- Puedes seguir, ¡vamos!: ¡Por la nueva vida...!

(Ruido de un coche que se aleja.)

MIGUEL.- ...Que comienza. ¿Está bien así? ¿Y cuál es, si puede saberse, esa nueva vida?

CLAUDIO.- Clara y Roberto acaban de anunciar su compromiso.

MIGUEL.- (Sonríe.) Según tengo entendido por mi ángel guardián (**Mira a AMELIA.**), o anunciáis vuestro compromiso, o el compromiso se hubiera anunciado solo dentro de unos meses.

(TIAN entra corriendo; trae una traca encendida en la mano: evidentemente, no conoce aún la llegada de MIGUEL; se le queda mirando; la traca sigue estallando absurdamente colgada de su mano; la deja caer y la pisa; silencio.)

MIGUEL.- ¿Por qué me miras así, Tian?, ¿tengo monos en la cara? ¡Ah! ¿es por las muletas? Te aseguro que no las necesito; las llevo sólo por presumir.

(Suelta las muletas, que caen al suelo. MIGUEL intenta dar un paso; PEDRO hace un movimiento hacia él.)

MIGUEL.- ¡Yo solo...!

(Da un paso.)

MIGUEL.- ¿Qué tal?

(Da otro paso.)

VOCES.- (Fuera, a la izquierda.) ¡Gool...!

(MIGUEL cae al suelo; todos inmóviles; en el silencio absoluto se oyen tan sólo los sollozos de MIGUEL.)

MIGUEL.- (Gritando.) ¡Fuera todos! ¡Fuera...!

(Salen por la derecha e izquierda.)

(CLAUDIO y MATILDE entran en la casa.)

(Sólo han quedado SEBIO, TIAN y ALBERTO, en pie, detrás de MIGUEL, y PEDRO y AMELIA en primer término derecha.)

MIGUEL.- Ahora sí.

(Tiende las manos; TIAN, SEBIO y ALBERTO le ayudan a levantarse.)

(AMELIA avanza hacia él; lleva unos libros bajo el brazo.)

MIGUEL.- (Señalándola.) Me han regalado algunos libros; libros piadosos, claro; las monjas están en todo.

MIGUEL.- ¡Padre...!

(PEDRO se asoma a la puerta del patio.)

PEDRO.- ¿Qué?

MIGUEL.- ¿Crees que si soy un chico aplicado y estudio lo bastante podré ocupar el sitio de Carlos en la oficina? ¿Qué crees? Seré un poco lento pero seguro; tengo una voluntad de hierro... y unas piernas fuertes (**Muestra las muletas.**), de hierro y acero inoxidable.

(Canciones y risas fuera, a la derecha.)

MIGUEL.- La vida continúa. ¡Adelante...! He soñado tanto con esta entrada triunfal; recuerdo que desde niño soñaba con algo parecido: llegar un día, la copa en alto y un mar de aclamaciones a mis espaldas. ¡La copa del éxito...! El llegar ante la puerta y decirle a mi padre: «¿Ves? ¡Lo conseguí...!».

(PEDRO, que se ha sentado en la hoguera, se tapa la cara con las manos.)

MIGUEL.- Vaya, veo que ese arbolito va a pagar un plato que no ha roto. Adiós, amigos; cada quien tiene su San Quintín; a nosotros nos ha tocado casi al tiempo; mis saludos al más allá.

(Entre CLAUDIO y MATILDE ayudan a MIGUEL a entrar en la sala; van a salir por el pasillo.)

MATILDE.- No; aquí...

(Le meten en la alcoba de los padres.)

(MIGUEL tendido sobre la cama; MATILDE le pone una manta sobre las rodillas.)

(AMELIA entra en la alcoba y le da a MATILDE un plato con la cena de MIGUEL.)

MATILDE.- Verás qué rico está. **(Se sienta a su lado.)**
Vamos, como cuando eras niño.

(AMELIA sale de la alcoba, llevándose las muletas.)

MIGUEL.- No quiero verte triste; dime lo que te falta; dímelo y yo iré corriendo por ahí a traértelo; sea lo que sea. Bueno **(Sonríe.)**, lo de corriendo es un decir, claro...

(En la sala CLAUDIO y AMELIA se miran en silencio.)

MIGUEL.- No quiero verte más triste.

(AMELIA sale por el pasillo a dejar las muletas en el cuarto de MIGUEL.)

MATILDE.- Pero si no necesito nada; sois vosotros los que...

MIGUEL.- ¿Tienes miedo por nosotros?

MATILDE.- Me gustaría veros subir; que no tuvierais las preocupaciones de vuestro padre: hijo, ser joven es bueno, pero tiene sus inconvenientes; no sabéis aún qué hacer con vuestras vidas; pero sólo un camino es el verdadero, y sería tan terrible que os equivocarais...

(CLAUDIO sale al patio.)

MIGUEL.- Encontraremos ese camino, ya verás. ¿Sabes?: He visto a Carlos.

(PEDRO levanta la cabeza.)

MIGUEL.- Ha ido a verme muchas veces, cuando sabía que no podía encontrarse con padre: todo le va bien.

(CLAUDIO se acerca a PEDRO, le pone la mano sobre el hombro, pero éste le aparta de una sacudida.)

MIGUEL.- Y ¿tú?

MATILDE.- Yo, ¿qué?

MIGUEL.- ¿Qué tal te encuentras? Has envejecido; tienes ya el pelo casi blanco.

MATILDE.- He dejado de teñirme, eso es todo.

CLAUDIO.- (A PEDRO.) Me marcho esta noche.

PEDRO.- (Sin mirarle.) ¡Y no vuelvas...!

MIGUEL.- Pídeme algo. ¡Lo que quieras...!

MATILDE.- Pero si lo tengo todo. ¡Lo tengo todo...!

CLAUDIO.- Voy a despedirme de los amigos.

MIGUEL.- Entonces, ¿por qué a veces estás tan triste? Me he fijado cuando ibas a verme. ¿Es que estás enferma?

PEDRO.- ¿Qué amigos?

MATILDE.- Oh, no; son los años; doy cuatro pasos y me ahogo. (**Sonríe.**) Es como si, de pronto, todos los años que me quitaba (**Ríe falsamente.**) se me hubieran echado encima.

(CLAUDIO sale por la izquierda.)

MIGUEL.- ¿Qué te pasa, mamá? Es por mí, ¿verdad?

(Se abrazan; MATILDE le acaricia la cabeza como a un niño; AMELIA viene por el pasillo y entra en la sala.)

MATILDE.- Me gustaría tanto verte casado con una mujer que te comprendiera, que te hiciera feliz. Y a tu hermano también. Quiero veros casados a los dos cuanto antes.

MIGUEL.- ¿Por qué hablas de eso?

(AMELIA ve la maleta de CLAUDIO. Ha llegado a primer término derecha; va hacia ella.)

MATILDE.- No lo sé; es como si, de pronto, hubiera comprendido que ya no me queda nada por hacer; como si hubiera completado mi obra.

AMELIA.- ¿Es que se va?

PEDRO.- Sí.

MIGUEL.- ¿Es que algo no va bien?

AMELIA.- ¿Dónde esta?

MATILDE.- No es eso.

PEDRO.- Por ahí; despidiéndose.

(Sale AMELIA por la izquierda.)

MATILDE.- Es una idea que a veces me asalta por las noches.

(PEDRO se levanta.)

ANA.- (Voz de; fuera.) Hala.

MATEO.- (Voz de; fuera.) ¡Vamos...!

ELVIRA.- (Voz de; fuera.) ¡Más aprisa...!

DARÍO.- (Voz de; fuera.) Mauricio, descalificado; está sacando los pies por debajo.

MATILDE.- Y ahora, a dormir.

(MATILDE apaga la luz de la alcoba.)

MIGUEL.- ¿Dónde vas?

MATILDE.- A decirle a tu padre que venga a...

MIGUEL.- ¡No quiero verle!

MATILDE.- Intenta comprender.

MIGUEL.- ¿Es que él intentó comprenderme a mí? ¿Y a Carlos?

MATILDE.- Descansa, debes descansar...

MIGUEL.- ¿Dónde está Carlos? No es cierto que fuera a verme al hospital. ¿Qué ha sido de él? ¿Qué va a ser de mí?

(PEDRO abre la puerta.)

PEDRO.- ¡Calla!

MIGUEL.- Éste es el fruto de tu comprensión.

MATILDE.- Duerme; inténtalo, al menos.

(Sale MATILDE; detrás PEDRO, que cierra la puerta.)

(Ruido de una motocicleta que se aleja.)

(CLARA entra por la derecha; anda de espaldas, saludando hacia fuera; da una vuelta sobre sí misma, como bailando.)

(Voces de ánimo y risas a la izquierda, por donde entran MAURICIO, AGUSTÍN y ERNESTO. Vienen dando saltos, los pies metidos en sacos; al cruzar la escena casi atropellan a CLARA, que pasa entre ellos y se sienta en el columpio; se balancea; MAURICIO, AGUSTÍN y ERNESTO han salido ya.)

TIAN.- (Voz de; fuera, a la izquierda.) ¡Miguel...!

MATILDE.- (A PEDRO.) No puedes dejarle así: entra y haz las paces con él.

SEBIO, ALBERTO y TIAN.- (Voces de; fuera, izquierda.) ¡Miguel...!

(PEDRO entra en la alcoba, pero no da la luz. MATILDE escucha fuera.)

MIGUEL.- Me compadecerán todos, me llenarán de cuidados, de atenciones. ¿Has visto como los ciegos, al cruzar la calle, dan con el bastón en el suelo? Todos les miran, van hacia ellos, los cogen solícitos por el codo y los pasen al otro lado; luego se van satisfechos porque han hecho una obra de caridad; la del día; así...

(MATILDE sale al patio y mira con reproche a CLARA, que se levanta del columpio.)

PEDRO.- Merecías que te diera una azotaina, como cuando eras pequeño.

(MATILDE se acerca a la hoguera.)

MIGUEL.- ... pero el ciego continúa solo su camino...

(Entra TIAN por la izquierda.)

TIAN.- ¡Miguel...!

MIGUEL.- ... y cruza la calle, una y otra vez, sólo para sentir que...

MATILDE.- Dejadle ahora.

TIAN.- Queremos que venga con nosotros.

MIGUEL.- ... que alguien le tome del brazo...

(Entran por la izquierda SEBIO y ALBERTO.)

TIAN.- Debe venir.

MIGUEL.- Es su único momento feliz; pues ésa será mi vida en adelante, saldré y todos se asomarán para saludarme, me dirán las palabras cariñosas; pero, y ¿después?

TIAN.- Si no lo hace esta noche, nunca más lo hará.

MIGUEL.- Ella cree que no lo sé, ¿verdad?

PEDRO.- ¿Qué?

MIGUEL.- Uno oye hablar de estas cosas, pero así, en abstracto, como si no existieran realmente.

AMELIA.- ¿Qué tonterías estás diciendo?

TIAN.- (A CLARA.) ¿Quieres decírselo tú, que le estamos esperando?

(CLARA entra en la cocina y cruza hacia la sala; al llegar a la puerta de la alcoba se detiene un instante.)

MIGUEL.- Las enfermeras hablan entre sí demasiado fuerte, sin darse cuenta de que nosotros estamos allí, al acecho de cualquier palabra, de cualquier rumor. Al menos Carlos lo ha conseguido: ha atravesado la frontera; está allí donde tantas veces soñamos llegar los dos; siempre tuvo, en todo, la mejor parte.

(CLARA abre la puerta y enciende la luz.)

CLARA.- Tus amigos están ahí fuera, esperándote.

MIGUEL.- ¡No quiero verlos! ¡No quiero ver a nadie!

CORO.- (Voces de; fuera. Cantando.)

«Bajan de Valencia
noches de San Juan,
galanes y damas
el fresco a tomar
esta noche alegre
del señor don Juan...»

(TIAN, SEBIO y ALBERTO cruzan hacia la derecha y se asoman a la ventana. Como se recordará, la ventana se abre a un metro tan solo del suelo; así que se les verá perfectamente y podrán entrar luego y sacar a MIGUEL sin dificultad.)

ALBERTO.- Venga, Miguel; no te hagas el remolón.

MIGUEL.- Pero ¿qué queréis de mí?

ALBERTO.- Lo sabes de sobra.

TIAN.- Se está jugando la final del campeonato.

SEBIO.- Faltan sólo diez minutos para que termine el encuentro.

ALBERTO.- Ganábamos tres a cero, pero han logrado el empate.

TIAN.- Ven con nosotros.

SEBIO.- Si los muchachos te ven, si saben que tú les estás mirando, ganaremos.

ALBERTO.- Es tu equipo, Miguel; tú has hecho a todos.

SEBIO.- ¿Es que vas a abandonarnos ahora?

TIAN.- Están en el gran estadium; tu sueño de siempre, Miguel. ¡Y lo hemos conseguido...!

ALBERTO.- Los últimos partidos han venido a verlos gente importante.

SEBIO.- Hasta los periódicos han hablado de nosotros.

TIAN.- Y a Arturo es fijo que lo fichan.

MIGUEL.- ¿Qué puesto ocupa Arturo?

SEBIO.- El tuyo.

TIAN.- Pero en cuanto tenga ocasión de verte a ti, ya verás; tú deja que la pata pocha ésa... (**Silencio; todos se miran.**) se te cure; les vas a dejar con la boca abierta.

MIGUEL.- ¿Qué queréis? ¿Que me vean todos entrar así? ¿Eh? ¿Es eso lo que queréis de mí?

TIAN.- Si lo que buscas es compasión, te equivocas de puerta; vamos, chicos. (**Inician la salida.**) ¡Al estadium! Ganaremos o perderemos solos; éste se ha creído que éramos sus amigos sólo porque corría más que todos nosotros.

MIGUEL.- ¡Esperad...!

(Todos se inmovilizan; MIGUEL se pone en pie.)

MIGUEL.- Quiero que me vean como seré en adelante; que se acostumbren; soy yo el que quiero acostumbrarme. ¡Y lo conseguiré! (**A CLARA.**) Tráeme mi equipo completo, las botas... también.

VOCES.- (**Fuera.**) ¡Gooooool...!

ALBERTO.- ¿Quién le habrá metido?

MIGUEL.- Vamos, ¡aprisa! Antes de que sea demasiado tarde.

(Le suben a hombros.)

TIAN.- ¡El hurra por el capi...!

SEBIO.- ¡Hip...!

ALBERTO.- ¡Hip...!

TIAN.- ¡Hip...!

LOS TRES.- ¡Hurra...!

(CLARA entra en la sala y le entrega el equipo a MATILDE; ésta sale al patio.)

MIGUEL.- Hay que decirle a Arturo que no pare el balón con la derecha y le pase luego a la izquierda para chutar mejor; es su único defecto; siempre se lo he dicho; que pare y chute con el mismo pie; que no pierda ese segundo; puede ser el gol de la victoria.

(CLARA regresa a la habitación de MIGUEL.)

(MATILDE le entrega a MIGUEL su equipo de futbolista, MIGUEL se pone la camiseta.)

MIGUEL.- ¿No me deseas suerte, madre?

MATILDE.- Suerte.

MIGUEL.- Todo como en los buenos tiempos, ¿recuerdas, madre?: «No le digas a padre que he jugado esta tarde, ¿eh? Se enfadaría»; «esconde la copa en el sótano con las otras, que no la vea; no quiero disgustarle» (A PEDRO.) ¿Estás contento? Al fin lo has conseguido; ya no seré jamás un jugador de fútbol; insiste en esa plaza de tu oficina, y, después de tantos años, no podrán negarte ese favor; díselo mañana mismo al director; según tengo entendido, sois buenos amigos. Vamos ya al campo; así, en los hombros de mis muchachos, como en las nubes.

LOS TRES.- ¡Hurra...!

MIGUEL.- ¡Hip...!

TODOS.- ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra...!

MIGUEL.- ¿Ni aun ahora, padre?

PEDRO.- (Sin voz.) ¡Hurra...!

MIGUEL.- Apenas se te oye.

PEDRO.- ¡Hurra...!

MIGUEL.- Más, ¡que te oigamos todos...!

PEDRO.- (Grita.) ¡Hurra...!

MIGUEL.- ¡Bravo! (Aplaude.) Y ahora, vámonos corriendo, chicos, que es tarde. (Canta.) «Vamos a ganar».

(Salen MIGUEL, TIAN, SEBIO y ALBERTO; se oyen sus voces que se alejan cantando.)

(PEDRO entra en la casa. MATILDE se acerca a CLAUDIO.)

MATILDE.- ¿Te vas?

CLAUDIO.- Sí.

MATILDE.- ¿Precisamente ahora, cuando más te necesito?

CLAUDIO.- Es preciso que te acostumbres, que los dos nos acostumbremos a estar solos.

MATILDE.- Tengo miedo; por él.

CLAUDIO.- Se acostumbrará, el tiempo lo borra todo.

MATILDE.- Me refiero a Pedro.

CLAUDIO.- Se lo merece, ¿no?

MATILDE.- ¡Qué poco le conocéis!

CLAUDIO.- No irás a decirme que nos saltaría al cuello a todos por gusto.

MATILDE.- Por la falta de ganas no quedaría; él grita, es su carácter; le gusta mandar; pero sus hijos y yo somos toda su vida.

CLAUDIO.- Despídeme de todos.

MATILDE.- Creo que de Amelia deberías hacerlo tú mismo.

CLAUDIO.- No; sé que me está buscando, pero es mejor así; si la viera, no podría marcharme luego.

MATILDE.- Y, ¿qué vas a hacer ahora?

CLAUDIO.- No lo sé.

MATILDE.- De aquellos negocios, ¿qué?

CLAUDIO.- (Ríe.) Nunca existieron; tampoco los de las otras veces; en realidad vine a quemar mi último cartucho, ¿sabes cuál?: en busca de mi antiguo empleo.

MATILDE.- Y, ¿qué te han dicho?

(CLARA sale del cuarto de MIGUEL, atraviesa el pasillo, entra en la sala; trae unas botas de fútbol en la mano.)

CLAUDIO.- Ni siquiera me reconocieron. Ha cambiado mucho aquello.

(CLARA sale al patio.)

CLARA.- Se ha dejado las botas.

MATILDE.- Llévaselas.

(CLARA sale por la izquierda.)

MATILDE.- ¿Vuelves con tu mujer?

CLAUDIO.- No.

MATILDE.- ¿Dónde vas a ir entonces?

CLAUDIO.- No lo sé; un poco por aquí, y un poco por allá; siempre fui un vagabundo.

MATILDE.- Ésta sigue siendo tu casa.

CLAUDIO.- Pero, ¿hasta cuándo lo será? Pedro no puede verme; dice que siempre he sido un mal ejemplo para los chicos. No puedo esperar a que me eche; sería más de lo que puedo soportar; no, lo soportaría también; creo que ya no existe desprecio en el mundo que no haya tenido que...

MATILDE.- No has tenido suerte, eso es todo: ninguno ha tenido suerte en esta casa.

(Aparece TERE en el pasillo; viene en camión; entra en la sala.)

(TERE se ha servido un vaso de agua; luego abre el cajón y saca el magnetófono, que hace funcionar. Se oye la voz de CARLOS cantando.)

MATILDE.- ¡Pedro...!

TERE.- Soy yo.

MATILDE.- Deja eso; es de tu hermano.

TERE.- ¡Carlos no volverá ya nunca y es mío!

(Apaga el magnetófono.)

MATILDE.- ¿Le has visto?

CLAUDIO.- No.

MATILDE.- Tú sabes dónde está; no me mientas.

CLAUDIO.- Te aseguro que no.

MATILDE.- Me han dicho que le han visto rondando el barrio algunas noches.

CLAUDIO.- No te preocupes por él; es ya un hombre; sabe muy bien lo que quiere y el camino para conseguirlo.

(TERE sale al patio; al ver a MATILDE esconde el magnetófono al pie del árbol y se sienta en el columpio.)

MATILDE.- Es aún un niño: se cree hombre, pero no son más que niños. Seguro que anda de acá para allá, como un perro perdido. Está solo y tendrá miedo. Desde niño tuvo miedo a la soledad. Todos en esta casa; y tú más que ninguno. ¿Sabes lo que siempre me espantó desde que eras niño? Que algún día pudieras llegar a esto. Ahora es el mismo miedo, más grande aún, porque veo que la historia se repite en ellos.

CLAUDIO.- Tú fuiste siempre la más fuerte de todos. ¿Cómo has podido cambiar tanto?

MATILDE.- Debo hacerme la débil; así ellos tienen la ilusión de que me protegen; eso les hace creerse fuertes; poco a poco, yo misma he llegado a creerlo.

CLAUDIO.- Me parece que fue ayer mismo cuando corríamos por ese desmonte y nuestra madre nos gritaba llamándonos para la cena.

TERE.- ¡Tío Claudio!

MATILDE.- ¿Sabes? A veces, en noches como ésta, estoy así mirando, recordando, y me vuelvo sobresaltada porque oigo su voz.

TERE.- Tío Claudio, ¿vienes a empujarme?

CLAUDIO.- Me llama en sueños. Es la misma voz de Amelia de hace tantos años. Me olvidará.

TERE.- Ven, tío Claudio, empújame.

MATILDE.- (A TERE.) Entra.

TERE.- ¡No!

MATILDE.- Vas a coger frío.

TERE.- ¡No quiero...!

CLAUDIO.- Estos últimos años no han sido agradables. Ahora volveré a lo que me gusta; los grandes espacios, las carreteras cogidas al azar y cuyo destino se ignora...

MATILDE.- ¿No es demasiado tarde?

CLAUDIO.- Siempre se puede empezar.

MATILDE.- Pero empezar ¿qué? Nosotros, ya, ¿qué?

CLAUDIO.- A vivir...

(CLAUDIO coge la maleta; va a salir)

MATILDE- Un momento; voy a prepararte algo para el viaje.

(MATILDE entra en la cocina, donde prepara rápidamente un bocadillo y algo de fruta.)

(Entran por la derecha ANSELMO y DANIEL. Traen dos palos que clavan en el suelo; los palos están unidos en lo alto por una cuerda, de cuyo centro pende una vasija de barro; entran detrás DARÍO, JOSEFA, AMELIA, ANA; por último, ALFREDO y ERNESTINA, a los que vendan los ojos; luego golpean el aire con un garrote intentando dar a la vasija. Comentarios y exclamaciones *ad libitum*. Al fin ERNESTO rompe la vasija, que está llena de agua. Risas, etc.)

DARÍO.- Soltad las anillas y vamos a dar la salida.

(Salen todos por la izquierda.)

(ANSELMO y DANIEL sueltan las anillas, que quedan colgando de la cuerda por cintas de colores, y salen también.)

(Cuando MATILDE sale de la casa, CLAUDIO se ha ido ya. Se acerca a primer término derecha hacia fuera y llama.)

MATILDE- ¡Claudio! ¡Claudio...!

(MATILDE regresa al patio con el paquete de comida.)

MATILDE.- ¿Qué haces aún aquí?

TERE.- No puedo dormir.

MATILDE.- Acuéstate, no son horas de estar levantada una niña.

TERE.- Es la noche de San Juan.

MATILDE.- La noche de San Juan pasó hace ya tres meses.

(Fuera, por la derecha, llegan el eco de las canciones y el rojo resplandor de las hogueras; petardos, matracas y ruido de latas golpeadas; ladra un perro y se oye su carrera alucinada arrastrando los botes atados a la cola. Si fuera posible sacarle a escena, veríamos correr tras él a JUANITO, CARLOS, FITOS y NORI.)

TERE.- Entonces ¿por qué cantan todos y han encendido las hogueras?

(PEDRO está asomado a la ventana de la alcoba.)

MATILDE.- Es que... tú no lo comprenderías.

PEDRO.- ¡Matilde!

MATILDE.- ¿Qué?

(MATILDE corta la cuerda del columpio con un cuchillo.)

PEDRO.- ¡Ven!

TERE.- ¿Por qué cortas el columpio?

(MATILDE entra en la sala y cruza hacia la alcoba.)

PEDRO.- Mira...

(Se acerca a PEDRO; ambos miran por la ventana abierta de par en par; las voces fuera parecen alejarse y volver como grandes oleadas; el lejano pitido del tren en el que CLAUDIO se va corta la noche como un cuchillo. Gritos y exclamaciones de júbilo.)

MATILDE.- ¿Qué ocurre?

(TERE saca el magnetófono del escondite; pulsa el botón, se oye suavemente la voz de CARLOS cantando.)

PEDRO.- Han encendido nuevamente las hogueras.

LOLO.- (Voz de; fuera.) ¡Lucas...!

PEDRO.- No ha pasado nada. Es aún la noche de San Juan, la misma de hace tres meses; la misma de hace tantos años. Estamos al principio: todo puede suceder aún.

JUANITO.- (Voz de; fuera.) ¡Lucas quiere a Tere...!

(Risas de los niños.)

(Llega de la izquierda un gran vocerío de gritos: «Gooool...!» etc. La realidad está ahí; PEDRO y MATILDE se miran; PEDRO mira al cielo y gira la cabeza como si siguiera la trayectoria de un pájaro en el aire; las voces del partido han pasado como una ráfaga y nuevamente han comenzado a oírse las canciones de los muchachos; MATILDE comienza a desnudarse.)

PEDRO.- ¿Matilde?

MATILDE.- ¿Qué?

PEDRO.- Vámonos.

MATILDE.- ¿Qué te pasa ahora?

TERE.- Carlos está dentro.

(Entra LUCAS; TERE le hace gestos para que se acerque.)

TERE.- Mira. **(Le enseña el magnetófono.)** Carlos está dentro.

(LUCAS mira inquieto hacia fuera.)

TERE.- ¿Que si quieres oírle cantar?

PEDRO.- ¡Vístete y vámonos!

MATILDE.- Pero, ¿a dónde?

PEDRO.- Por ahí, adonde sea; a cualquier parte.

MATILDE.- ¿A estas horas?

(TERE aumenta el volumen, la voz de CARLOS cantando lo inunda todo.)

PEDRO.- ¿Por qué no? Hay luna, y hace tanto tiempo que no damos un paseo...

MATILDE.- ¡Oh! Esta niña...

(MATILDE **inicia la salida; PEDRO la detiene con un gesto.**)

PEDRO.- Déjala.

(MATILDE **se vuelve extrañada por esta reacción.**)

MATILDE.- ¿No te encuentras bien?

PEDRO.- Todo lo contrario; por primera vez me encuentro perfectamente.

MATILDE.- No seas loco.

(LUCAS y TERE **tienen cogido el magnetófono entre los dos; sus manos se tocan; se miran fijamente, ajenos a todo.**)

PEDRO.- Ven conmigo.

MATILDE.- Estoy cansada.

PEDRO.- Quiero dar un paseo hasta el puente grande.

LOS CUATRO NIÑOS.- (Fuera, a coro.) ¡Lucas...!

(LUCAS **se sobresalta, pero la mirada de TERE le detiene.**)

MATILDE.- Mañana tienes que levantarte temprano.

PEDRO.- ¿Cuánto tiempo hace que no paseábamos por la orilla del río?

MATILDE.- Sabes que no te va bien para los bronquios salir de noche.

PEDRO.- ¿Qué importa? Quiero ver el agua, los árboles, y sentarme contigo sobre el muro como hace tantos años.

MATILDE.- Sé razonable.

PEDRO.- No quiero ser razonable. ¡Vamos! ¡Levántate...!

**(Entran por la derecha NORI, FITOS, LOLO y JUANITO;
LUCAS oculta el magnetófono detrás de la espalda.)**

**(MATILDE se levanta y se pone un chal negro sobre los
hombros.)**

PEDRO.- ¡Qué noche tan hermosa!

MATILDE.- Ya no somos unos niños.

PEDRO.- No; somos un hombre y una mujer; es mucho mejor; los niños no se dan cuenta de las cosas y yo quiero verlas, palparlas todas; al menos, las que están a mi alrededor ¿Sabes?: están ahí para nosotros, nos esperan. ¡Ven...!

**(Los niños se van acercando a LUCAS; TERE se pone ante
él como queriendo protegerle.)**

MATILDE.- Estoy muy cansada.

TERE.- ¡Que llamo a mi padre!

(PEDRO inicia la salida hacia fuera, hacia la sala.)

MATILDE.- ¡Espera...!

(JUANITO se abalanza sobre LUCAS y le quita el magnetófono, que continúa funcionando; los cuatro niños se lo van arrojando unos a otros, situados en círculo en torno a la hoguera. LUCAS y TERE saltan, intentando cogerlo.)

PEDRO.- Si es que hace una noche que... Mira la luna; dan ganas de estirar los brazos y cogerla con las manos.

MATILDE.- (Con intención.) Cuando se es viejo, cuesta tanto levantar la cabeza.

(Están los dos nuevamente juntos, mirando hacia la noche.)

PEDRO.- Siempre, desde que eras casi una niña, me has dicho que te gustaría hacer un largo viaje...

(El magnetófono cae a la hoguera; todos lo miran arder fijamente; TERE llora.)

MATILDE.- Ahora no podemos.

LOLO.- ¡Ahí va...!

NARCI.- Y ahora, ¿qué?

(LUCAS se abalanza sobre los cuatro niños, a los que arroja al suelo y pega frenéticamente.)

JUANITO.- Pero, ¿qué le pasa a éste?

FITOS.- ¡Se ha vuelto loco!

LOLO.- ¡Vamos...!

NORI- ¡Sálvese quien pueda!

(Los cuatro niños salen corriendo por la izquierda.)

PEDRO- Sí puedes. ¡Puedes! Él vendrá con nosotros en nuestro recuerdo; le iremos enseñando todo. ¡Todo! Hará con nosotros el viaje que él nunca podrá hacer; conocerá con nosotros todo lo bello, todo lo maravilloso del mundo que no pudo conocer, y ahora; lo comprendí todo en ese momento, la tarde en que supe que iba a morir: vi los meses que le quedaban, conté las horas, los segundos...

(LUCAS coge un cubo de agua, apaga la hoguera y coge el magnetófono; TERE intenta hacerlo funcionar.)

MATILDE- ¡Calla...!

PEDRO- Él ya no puede, pero nosotros sí; eso es lo que comprendí, la vida pasa para todos; Matilde, ¿no te das cuenta? A nosotros también nos queda poco tiempo, y hay tantas cosas que hacer aún.

TERE- No funciona. **(Tira el magnetófono al suelo.)** Y la culpa es tuya.

(Gestos de LUCAS.)

VOZ DE FUERA- ¡Cobarde! ¡Cobarde...! ¡Cobarde...!

TERE- Sí, tuya; debiste pegarles. **(LUCAS alza cuatro dedos de la mano.)** Lo que pasa es que eres un cobarde. **(LUCAS tiende las manos hacia ella.)** ¡No te quiero más! **(LUCAS hace ademán de salir corriendo detrás de ella.)** Antes, ¡antes...! Ahora ya es demasiado tarde.

(TERE entra en el patio)

MATILDE.- No puedo. ¡No puedo!

PEDRO.- Hazlo por mí. ¿Qué tiempo crees que nos queda a nosotros?

TERE.- Ya no te quiero más.

(TERE entra en la sala y desaparece por el pasillo.)

MATILDE.- No hables así, no puedo resistirlo.

PEDRO.- ¿Qué quieres? ¿Seguir como hasta ahora? ¿Llegar al último minuto como todos estos?: nuestros hijos, los vecinos que se ahogan cotilleando, que no viven porque creen que todo va a durar siempre, creyendo que llegará ese día en que, de pronto, desaparezca todo lo que nos desespera.

(Entra CARLOS por la derecha con el maletín.)

PEDRO.- Pues ese día es hoy; voy a salir a la calle con una pancarta que diga: «Os vais a morir», y la pondré ante los ojos de todos; correré con ella en alto por los mercados, por las plazas, por los jardines, ante los teatros y los cines, ante las playas, y les diré: «¡Hacedlo! ¡Atreveos! ¡Mañana... es tarde...!».

(CARLOS cruza hacia el patio; LUCAS le tira de la manga; CARLOS se vuelve; LUCAS recoge el magnetófono y se lo muestra a CARLOS; éste le pone una mano sobre la cabeza; LUCAS quiere darle el magnetófono como diciendo: «Tómalo, es tuyo»; pero CARLOS niega con la cabeza, como diciendo: «Ya es inútil, te lo regalo»; LUCAS hace gestos. «¿Para mí?». CARLOS afirma con la cabeza e inicia la entrada en la cocina, por cuya puerta LUCAS se acerca y hace gesto de: «Toma, dáselo a TERE»; CARLOS coge el magnetófono; LUCAS saca de los bolsillos una peonza y un tiragomas que le entrega también.)

PEDRO.- Siempre mañana: Vivimos de esperanzas, de sueños para el mañana, cuando ese mañana debe ser hoy.

(CARLOS entra en la sala; mira largamente a su alrededor.)

PEDRO.- Míralos a todos allá, en la explanada, saltando sobre las hogueras en que ellos mismos se consumen y sin saberlo.

(Entran en tropel por la izquierda TIAN, SEBIO, ALBERTO, LUCAS, ARTURO, etc. MANOLO y ARTURO y otros dos o tres vienen vestidos de futbolistas, traen a MIGUEL a hombros; MIGUEL está también vestido de futbolista y trae en alto una gran copa de plata.)

MIGUEL.- Muchachos, ¡todos a la explanada! ¡A beber y a bailar todos! ¡Hay que celebrar la victoria...!

(Salen todos menos SEBIO y TIAN, que son los que suben a hombros a MIGUEL, y MANOLO, que lleva el balón; MIGUEL mira hacia la copa del árbol; al descender su mirada tropieza con la figura de LUCAS, que le hace muchos gestos de «¡Ven, entra a la casa...!»)

TIAN.- ¿Qué masticará éste?

SEBIO.- Quien te entienda, que te compre.

MANOLO.- Vamos, no están esperando todos.

(Salen por la derecha; PEDRO les ve alejarse por la ventana; MATILDE comienza a vestirse; PEDRO se sienta en la cama, se siente derrotado, parece pensar: «Todo ha terminado, ya no es posible hacer nada; sólo abandonarse...»)

MATILDE.- Pero ¿no íbamos a salir?

PEDRO.- Tenías tu razón. ¿Dónde podemos ir ya?

MATILDE.- Hay tantos sitios; todos los que hemos deseado conocer durante estos años. ¿Sabes? Cuando te oía hablar antes, yo recordaba al muchacho que conocí hace tanto tiempo: eran las mismas cosas que me decías entonces. Vivías y empujabas a vivir a los demás con un impulso irresistible, y era esa fuerza la que hacía que todos creyéramos en ti.

(Se oye cantar fuera a MIGUEL y al coro de muchachos.)

MIGUEL.- (Voz de; fuera.) «San Juan del dedo...»

CORO.- (Voces de; fuera.) «...San Pedro y señor Juan...»

MIGUEL.- (Voz de; fuera.) «...San Juan regaba...».

CORO.- (Voz de; fuera.) «...La era del triqui-triqui-trá...»

PEDRO.- ¿Cómo has podido cambiar tanto?

MATILDE.- La vida envuelve; hay tantas cosas que hacer todos los días; pequeñas cosas que nos hacen olvidar lo más importante; pero ahora te he recobrado como eras entonces; sé que todo va a empezar; borrón y cuenta nueva, ¿eh?

PEDRO.- ¿Cuántas veces hemos dicho lo mismo?

MATILDE.- Pero ahora es verdad; los chicos son mayores y no nos necesitan; ahora podemos hacerlo.

PEDRO.- ¿Qué?

(MATILDE abre el armario y cuelga en él el vestido; saca unos billetes, mira a PEDRO.)

MATILDE.- Te dejas el dinero en cualquier sitio.

(Guarda el dinero y se acerca a PEDRO, que se está desvistiendo.)

MATILDE.- ¡Todo! Pasaremos revista a todos los proyectos, tantos sueños, y los iremos realizando uno a uno, poco a poco...

(MATILDE coge de la mesilla el plato con la cena de MIGUEL.)

PEDRO.- Sabes bien que no es posible; es ya demasiado tarde. Vamos, acuéstate.

(MATILDE avanza hacia la puerta, la abre.)

MATILDE.- ¿Te encuentras mejor?

PEDRO.- Mi enfermedad no tiene cura. ¿Sabes cómo se llama? Años.

MATILDE.- Tonto. **(Se acerca y le besa en la frente.)** Hala, a dormir, que mañana tienes que levantarte temprano para ir a trabajar. **(Sale a la sala.)** Ah, no te olvides de avisar al fontanero; el tubo del desagüe está aún atascado. **(Mira el techo.)** Hay que blanquear estas paredes antes de que el invierno se eche encima. **(Entra en la cocina.)** ¿Sabes? Hoy he pagado la primera cuota del seguro de vejez.

MIGUEL.- **(Voz de; fuera.)** «...Desde Córdoba a Sevilla...».

CORO.- **(Voces de; fuera.)** «...hay formada una pared...».

MIGUEL.- **(Voz de; fuera.)** «...en la pared hay una vía...».

CORO.- **(Voces de; fuera.)** «...por la vía pasa el tren, tren, ¡tren...!».

MATILDE.- Quizá el año que viene hagamos el viaje.

(LUCAS está de rodillas frente a la hoguera, encendiendo un cigarro.)

MATILDE.- Y cuando te jubiles, entonces, ¿sabes lo que podríamos hacer?

(Coge el plato con las sobras de comida y sale al patio; se dirige al cobertizo donde se oye el rebullir de las gallinas en el silencio de la noche.)

MATILDE.- ¡Pitas...! ¡Pitas...! Ya sé que aún queda lejos, pero sería tan hermoso. Sin decir una palabra a nadie, como si fuéramos dos muchachos...

(MATILDE regresa con el plato vacío, acaricia el árbol un instante.)

MATILDE.- O una noche como ésta, como si tuviéramos aún la edad de ahora, cogeríamos el tren y...

(LUCAS da una calada; se atraganta; tose; MATILDE se vuelve sobresaltada y va hacia él.)

MATILDE.- ¿Qué haces tú aquí?

(LUCAS se aparta con miedo, ocultando el cigarro.)

MATILDE.- Corre, corre con los demás a las hogueras y salta tan alto que cojas el cielo con las manos...

(LUCAS sale corriendo por la derecha, llevando a rastras el carrito de la hoguera.)

MATILDE.- **(Viéndole salir.)** Niños y ya de ronda... **(Se quita una lágrima.)** A pesar de todo... **(Mira al cielo enrojecido, oye las voces.)** ¡La vida es maravillosa...!

(Entra en la cocina, apaga la luz y pasa a la sala.)

MATILDE.- ¡Qué tristeza! La casa, sola...

PEDRO.- ¿Eh?

MATILDE.- Nada.

(Apaga la luz de la sala y entra en la alcoba. PEDRO, que está en pijama, sufre un estremecimiento.)

MATILDE.- ¿Qué te pasa?

PEDRO.- Un escalofrío.

MATILDE.- Empieza ya a refrescar por las noches.

PEDRO.- Cierra la ventana.

CORO.- **(Voces de; fuera.)**

«La noche de San Juan...
se encienden las hogueras;
la noche de San Juan
se queman las doncellas;
lumbre de amor
no hay quien se libre de ella...»

(Esta canción continuará oyéndose durante toda la acción que sigue, hasta la caída del telón.)

(MATILDE avanza unos pasos; de pronto, retrocede; abre la puerta de la sala; da la luz; va hacia la silla; mira alrededor; ve la maleta; mira hacia el pasillo; se lleva una mano al cuello; está transfigurada; pasa a la cocina y enciende la luz; pone un puchero en el gas; coge un plato y una cuchara, pasa a la sala y lo deja sobre la mesa; sale de nuevo hacia la cocina.)

(Entra CARLOS en la sala; al coger la maleta, ésta se abre ofreciendo al público su interior vacío, en el mismo instante en que PEDRO, ya en pijama, coge el reloj despertador y comienza a darle cuerda; al oír el ruido de la maleta al cerrarse, PEDRO se asoma rápidamente a la sala y ve a CARLOS inclinado aún hacia la maleta abierta y vacía que cuelga de su mano; sus miradas se cruzan un instante; entra MATILDE; PEDRO la mira, luego a CARLOS y hace a éste un gesto con el despertador, como queriendo decirle: «¿Qué hora llevas?»; CARLOS se lleva maquinalmente la mano a la muñeca y se sube la manga de la chaqueta, pero no tiene ya su reloj de pulsera; PEDRO finge no advertirlo, mira su propio reloj de pulsera, pone en hora el despertador, entra en la alcoba y regresa hacia la cama terminando de dar cuerda al despertador, que deja sobre la mesilla. MATILDE deja el plato sobre la mesa, coloca al lado una silla y hace sentar en ella a CARLOS sin darle tiempo a que éste pueda recoger la maleta; ella la recoge, CARLOS abre la servilleta y empieza a cenar con hambre. MATILDE recoge la gabardina y sale con ésta y la maleta al pasillo. PEDRO se acuesta; MATILDE entra en la sala y saca de la cómoda una botella y un vaso que deja sobre la mesa y sirve en él vino; cuando deja la botella sobre la mesa, CARLOS pone una mano sobre la de ella sin mirarse; CARLOS bebe el vaso; MATILDE se vuelve y saca el frutero de la cómoda y lo pone sobre la mesa; sirve otro vaso de vino y, al pasar detrás de CARLOS, le tira de la oreja un poco como reprendiéndole cariñosamente; se acerca a la puerta de la alcoba; CARLOS la mira; MATILDE se vuelve sonriente hacia él; ambos sonríen. CARLOS entre un poco avergonzado y suplicante; MATILDE entra en la alcoba y cierra la puerta; queda un instante de espaldas apoyada contra la puerta; mira a PEDRO, que duerme vuelto a la pared; MATILDE se acerca a la ventana arrebuñándose en el chal; la luz roja de las hogueras inunda la habitación. Se oyen los gritos y las voces que cantan... «Al coger el trébole, el trébole, el trébole; al coger el trébole la noche de San Juan...»)

(La caída del telón debe ser muy lenta.)

